

# RUDA MIRADA

Heriberto Ortiz

Colección  
Boca del Cielo



UNICACH

# Ruda mirada

Heriberto Ortiz



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS  
2011

Primera edición: 2011

D. R. © 2011. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1ª Avenida Sur Poniente núm. 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

[www.unicach.edu.mx](http://www.unicach.edu.mx)

[editorial@unicach.edu.mx](mailto:editorial@unicach.edu.mx)

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Ilustración de portada: Manuel Cunjamá

Fotografía de portada: Arturo Arias

Impreso en México

*Al vientre que palpita  
A mi familia*



## Índice

Prólogo.....	7
La señora y la serpiente blanca.....	13
Éste es un hermoso mundo.....	31
Paseo por Trafalgar Square .....	63
Olor a asfalto muerto o navaja hiriente.....	79
Historia prestada o Rey del Barrio .....	83
La joven .....	89



## Prólogo

**L**a *narrativa policiaca* de nuestro autor en esta serie de cuentos y relatos cortos, —en la que el personaje ficticio logra develar sin revelar, parte de la persona responsable por estas líneas de borgianas historias—; nos adentran, mediante burbujas atemporales, en el drama futurista y escenográfico de historias y narraciones angustiantes y amorosas, dignas de un anacrónico filme policiaco-sentimental. Así, nuestro autor nos narra, —*rompiendo parámetros lingüísticos preestablecidos, pero siempre cuidando el hilo conductor de la comunicación*—, a través de cartas y documentos, las historias de penurias de Herbert, protagonista de las narraciones de estos cuentos, al verse envuelto en un asalto por tres usurpadores en el Boulevard Clichy de París, en Francia; la extraña amistad de complicidad que mantiene con “El rey del Barrio”, su perro, compañero de soledades y madrugadas; el involucramiento misterioso en la muerte de su entrañable amigo Matehus, así como su relación estoica y masoquista con Nin, dueña de su “navaja hiriente”, en otrora; sin socavar la importancia en

su vida de una extraña “mamba albina”, la mujer con quien, juntos, a decir de Herbert, recrearon el amor.

Hay en estas líneas narrativas del cuento, la figura femenina de la chica X así como la presencia oculta y misteriosa de un sujeto, *vestido de sombrero y chamarra de cuero*, de nombre Norton Hamilton, que olvida solicitar un boleto de vuelta a la joven vendedora de los billetes en la Estación Victoria, en el centro de Londres, por lo que intempestivamente se ve impulsado por una fuerza interior a hacer una declaración de amor y despedida a la bella chica, de cabellos largos y ondulados, conductora del ómnibus que lo llevaría al aeropuerto Stanced, para después hacer explotar una delicada pero precisa bomba que hizo volar en mis pedazos el camión, haciendo que cuarenta personas perdieran la vida.

Herbert, un exquisito soñador que califica a este mundo como el *reflejo de días jóvenes y eternos que un día tuvieron vida, híbridas ilusiones de nuevos amaneceres*, es un sujeto periférico-marginal y por lo mismo antisocial, sumido en el consumo de alcohol y tabaco. Herbert, como soñador ante el peso del mundo, libra una lucha interna por no dejarse sucumbir ante la tentación de tener un empleo en el «Departamento de Redacción de la Honorable Junta de Gobierno» en la moderna “Ciudad Paraíso”, a costas de *adecuar verdades a conveniencia, fingir operabilidad de tratados de paz, vender mediocridades y falsas esperanzas de vida a los grupos vulnerables*, para, de este modo, servir a un sistema que él considera, *ideológica-*

*mente intolerable*, dado que elimina toda posibilidad de pensamiento emancipador en los individuos. Herbert, comparte su espíritu subversivo con su perro, un joven animal de pecho erguido, pelaje brillante, hocico lleno de vida y ojos que cuentan historias, llamado “Rey del Barrio”, a quien consideraba como *uno de esos guerreros encerrados en un cuerpo derrotado o mal entendido*.

Fiel a sus principios y gracias a los coloquios y tertulias con su amigo Matehus en el viejo bar del *caracol dorado*, donde se reunían todos los viernes, Herbert *había aprendido a valorar su pensamiento como único tesoro, por encima de la opulencia, la pobreza, las pasiones o modernidad*. Y, aunque al final decidió ser un *servil real del sistema que lo atormentaba y esquivaba*, esto no lo hizo lanzándose de manera acrítica a los brazos de un sistema enajenante, sino, por el contrario, desarrollando una criticidad sutil ante éste, para no dejarse atrapar.

Envuelto en un seductor y embriagador sueño que lo atormentaba por estar inmiscuido en el asesinato de su gran amigo de antaño Hanck M. 23-45-Norte y haberle robado su identidad, y por la presencia inusitada de una mariposa hematófaga que le robaba el aliento y la sangre, Herbert, *hombre de elegancia natural*, abrió la gaveta de su escritorio que también la hacía de mesa para descubrir, minutos después, al fondo del cajoncillo, un viejo y amarillento sobre aún con timbres postales. Era una carta nunca entregada dirigida a Patzus donde se podía leer esta frase tan bella por ser elocuente o vice-

versa: *No es que solamente te necesite para existir, no es que te utilice para sobrevivir, es que muero por ser lo que somos estando juntos*; y en la parte adversa de las hojas, un verso libre.

A lo largo de la lectura de esta serie de cuentos y relatos cortos, nos encontraremos con bellos y enigmáticos personajes como “La Señora” de vestido largo y ojos verdes, como la neblina parisina, —la misma que Herbert había observado fumando en un balcón y que le salvo la vida ante las heridas de sus asaltantes—. Su “ángel de alas manchadas por volar tan cerca del barco de la locura, donde sólo comen pescado y ratas”, su “señora guerrera de la salvación”. Con la Chica X. Con Romýna Atenas, quien es descrita como una especie de “mamba albina”, mujer con quien, juntos, Herbert y ella, recrearon el amor extasiándose de tal forma que desfallecieron hasta perder la razón. Con la desconocida Patzus, destinataria de una carta nunca entregada. Cada una de ellas en su contexto y momento, robaron el corazón del protagonista de estos cuentos, supieron eclipsar la mente y el corazón de Herbert y consiguieron hacerle sentar en un escritorio para escribir la parte de la historia que les pertenece.

En esto Herbert y su perro —a quien una antigua mujer había dicho: ese perro tiene “el mal adentro”— se parecían, tenían actos homólogos, nadie mejor que ellos sabían orinar de manera despreocupada sobre las pretensiones de dominación, orgullo y poder; para después mirar a la luna y pedir a su amada que vea al cielo para juntos deambular, ebrios, y cantar canciones inconclusas.

Es de este modo, en donde de una forma velada, se dice la verdad desde su reverso, se describen sucesos y personas entre líneas y se logra así, esa tan angustiante y a la vez kenótica catarsis narrativa, que al remitir y aludir a los hechos pasados nos libera de nuestras ataduras existenciales de un presente angustiante.

Felipe Ortiz



## La señora y la serpiente blanca

Estaba en la comisaría de San Bernardo, en Madrid; Herbert, quien declaraba para el comisario en turno, su participación respecto de los hechos sucesivos que culminaron en un presunto asalto, enfrentamiento, lesiones y desaparición de una mujer en el Boulevard Clichy en calles de París, en Francia, unos meses antes.

Herbert señaló a las autoridades recordar poco de lo sucedido en esos días durante su estancia en París. Sin embargo narró memorizarse en aquél entonces saliendo de una vinatería donde segundos antes había entrado buscando vino, fruta y pan. Su memoria era divergente, pero recordaba.

El escribano de la comisaría dijo: ¡Listo! Sacó una última hoja amarilla de su máquina de escribir de catorce líneas.

-Léala- ordenó el comisario dirigiéndose al escribano, quien afinó la garganta al tiempo de toser, respiró profundo mientras que Hernert se acomodaba en su silla e inclinaba la cabeza como poniendo atención a una historia donde él era protagonista.

El escribano leyó:

“Madrid, España. Tres de Septiembre de 1985; Cuatro de la tarde. Declaración en torno a los hechos suscitados el doce de octubre de 1984, en calles de Clichy en el Barrio de Montmartre, en la zona roja de París. El ciudadano Herbert D, señaló respecto al suceso:

“Estaba ebrio, cansado de vagar por un lado y otro. Solo, siempre solo. El día en cuestión, fui a una vinata a reabastecer mis necesidades más elementales. Antes de entrar al depósito, observé algunas mujeres en las calles que alegremente enseñaban sus carnes a la luna, una de ellas sobre un balcón llamó mi atención. Continúe mi andar. Pasado un tiempo y tras vaciar mis bolsillos, salí de la tienda cargando una botella de vino, una pieza de pan y fruta. Pero apenas había dado dos pasos fuera del expendio, cuando tres tipos me tomaron por asalto exigiendo el dinero y los productos que llevaba conmigo, mismos que rodaron al piso tras este primer jaloneo luego de resistirme al asalto.

Los tres sujetos me golpearon el rostro y las partes bajas del cuerpo. Me golpeaban con los puños cerrados y uno de ellos utilizaba un pequeño tubo metálico para pegarme por las costillas. Me defendí y desconté de un afortunado golpe al primer atacante, el del tubo, quien cayó

desfallecido sobre el piso. Pero dos más continuaron la agresión, uno de éstos sacó de entre su ropa una navaja que de inmediato noté, pues el reflejo de un farol iluminó su delgada orilla.

En ese instante, todo parecía ocurrir en cámara lenta. Pude percibir una expresión de odio e ira en el rostro del portador del cuchillo. Sentía la -hasta ese entonces desconocida- sensación de frío y temor que llamó muerte. La sentía cerca mientras me golpeaban e intentaban asestar cortes con la navaja.

Yo apenas esquivaba los cortes, pero era cuestión de tiempo para qué mi ebrio cuerpo fuese derrotado. Sin embargo en medio de la reyerta, noté la presencia de una mujer de vestido largo, la misma que yo había observado fumando en un balcón cercano al farol en la casa de la esquina, a escasos cincuenta metros de la vinata.

Permanecía estoica observando a detalle lo que ocurría, hasta qué despacio, muy despacio se acercó al lugar tomó mi botella de vino tirada por el suelo, caminó un par de metros hacía mis atacantes y de un solo golpe rompió el envase en la cabeza del rijoso armado, quien de inmediato cayó desfallecido.

Al instante, el tercer compinche marcó su distancia y echó a correr un tramo, no sin antes lanzar una última mirada a sus cómplices ti-

rados sobre la carpeta asfáltica y observar con consternación a la mujer, que impávida daba largas bocanadas a un cigarrillo colocado entre sus labios.

El rostro de la mujer era imperceptible, pues el contraste de la luz lejana y la sombra de un sombrero con pluma incluida, generaba una ligera oscuridad sobre su rostro. Bocanadas de humo salían de su nariz y boca.

En tanto, yo un poco aliviado del temor, pude descansar un segundo. Pero ese tiempo sólo me sirvió para notar mis múltiples dolores.

Tambaleante noté me punzaba el abdomen, las piernas; escupía sangre. Y mi botella de vino estaba rota -el vino, no de la mejor calidad, pero si con el decente sabor que mis últimos doce Euros podían comprar- escurría por la callejuela.

La mujer me tomó por el brazo y ayudó a sostenerme en pie. Yo respondí diciendo ¡Gracias!.

-¿Cómo iba vestida, recuerdas? -interrumpió el secretario de la Comisaría

Pero nadie respondió su pregunta. El escribano tomó una pausa, y al notar que nadie contestaba continuó leyendo el documento.

“La mujer preguntó ¿Estás bien? Yo, antes de responder realicé una parada en su rostro, miré a sus ojos, eran fríos y penetrantes, verdes como

la neblina parisina, cansados, escurridizos como la parte baja de las corrientes del Río Sena, pero con una extraña vivacidad, luz en los ojos como los había visto antes solamente en bebs limpios de pecado y culpa.

‘Responde, hombre, dijo en voz fuerte como trueno en noche de luna. Sí, estoy bien respondí. Fue hasta entonces cuando noté que ella estaba arropada de forma muy particular: zapatillas negras, altas, muy altas, vestido tallado negro que llegaba debajo de la rodilla, con una parte blanca en la zona alta que además tenía un escote digno de princesas africanas. Allí mismo, lindos tirantes combinados con otra ropa sobre ellos. En suma de cuentas, ropas que dejaban ver un hermoso cuerpo, destacándose un seductor pecho, piernas largas como el otoño, rostro delicado, piel tersa, blanca aún observable en medio de la noche. La mujer era hermosa y extrañamente atemorizante.

‘Ella no paraba de fumar, colocando sensualmente la última parte de su cigarrillo en medio de sus labios color carmesí.

‘Tras notar que no me encontraba tan vapuleado como inicialmente pensó, sacó un segundo cigarrillo, después un encendedor plateado, encendió el cigarrillo, dio un par de bocanadas. Despegó el cigarrillo de sus labios haciendo un ruido

con ellos. Giró el tabaco, observó la parte encendida, lanzó una pequeña ráfaga de humo sobre él.

‘Me observó directo a los ojos y extendió su mano entregando el cigarrillo sin dejar de observarme y lanzando una segunda ráfaga de humo sobre mi rostro.

‘Sorprendido aún por la secuencia de sucesos, agradecí con la cabeza y fumé en ritmos pausados el cigarrillo marcado con la silueta de labios en la colilla. Ella tomó mi brazo de nuevo y dijo, larguémonos de aquí. ‘Caminamos, yo no sabía hacia donde. Obviamente no me llevaría a mi hotel, ella me llevó rumbo al balcón donde instantes antes la había observado. Caminábamos despacio. Yo, temeroso giraba el cuello para cuidar mi espalda de algún posible segundo ataque de los delincuentes desfallecidos.

‘Tranquilo dijo ella, ellos no regresarán. Noté hasta ese entonces qué me dolía el puño. Lo noté al momento de observar moviéndose al primer gandul que yacía tirado a media calle en una posición fetal.

‘La mujer y yo caminamos, llegamos a un pórtico de madera. Ella sacó, quien sabe de dónde, la llave de la puerta, y la introdujo no sin antes dar miradas a ambos lados de la calle, entró, entramos. Cerró la puerta.

‘Apenas dentro, me tomó por los hombros lanzándome contra la pared. Se me vino encima, me tomó del cuello, bajó una mano y apretó mis bolas y dijo hablándome muy cerca de la cara: Te estoy ayudando estúpido, confió en ti, pero si se te ocurre abusar de mi gentileza recibirás una paliza tan desagradable que rogarás por un poco de calma antes de tu muerte.

‘Le respondí que no tenía de qué preocuparse. Hablando con el cigarrillo en la comisura de mis labios. Me asustó pero me gustó la vitalidad de sus palabras.

‘De nuevo retomamos camino, subimos al segundo piso, ella abrió el apartamento marcado con el número 101. Antes de entrar ambos tiramos nuestros cigarrillos sobre una maceta sin planta.

‘Al abrir la puerta puede notar un sitio tibio, con ventanas a la calle, un balcón, una mesilla de centro, sillones, cama grande y cómoda, mesa semivacia, sobre ella un poco de vino en botella gruesa y corcho de madera, pan, queso, cigarrillos y hashis.

‘Me pidió me sentara para revisar mi mano. Me senté en una silla cerca de la cocina, ella hizo lo mismo cerca de mí.

‘Le pregunté inmediatamente ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué me ayudaba? Ella sonrió, fumó

más y observado mi mano dijo: nunca había visto nadie hacer dormir de un solo puñetazo al *Tuco*. Tampoco había visto a sus amigos perder una batalla o un asalto.

‘Respondí diciendo que sólo había sido cuestión de suerte y supervivencia, además -maticé sin tu ayuda seguro estaría ahora desangrándome cerca de alguna alcantarilla.

‘Pero no me detuve ahí, insistí en saber la razón de su ayuda. Ella sonriendo dijo, calla boca. Posteriormente, tomó mi mano entre las suyas. Se levantó, fue a un cajón cercano a la cama y sacó un trapo con el cual comenzó a vendar mi mano.

‘Caminó hacia mí de nuevo, miró mis ojos y dijo: ¡soy puta! Después rió y dijo: ¿crees eso? respondí diciendo, nosotros somos nuestras acciones, nuestro discurso, nuestras personas, nuestros seres importantes. Nada más hay en nosotros, si no lo que nuestra esencia. Maniático o compulsivo, somos nuestras acciones. Tú, hoy al menos, eres mi ángel, respondí mirándola a los ojos. Tú eres un ángel con alas manchadas por volar tan cerca del barco de la locura, donde sólo comen pescado, ratas y al final lanzan las sobras por los aires esperando alimentar a los espíritus que los atormentan a mitad de la noche.

‘Tú eres una mujer con demasiada vida como para perderla tratando de entender la vida que

al mundo le tocó jugar en un eterno juego donde nadie pareciera juzgar quien es la mano que mueve el Poderoso.

‘Si nuestras vidas, dicen, están manipuladas por un ser divino, creas o no en él ¿Quién mueve la mano de ese ser divino? Vivir, andar, equivocarse ¿eso es real? Lo único real hoy es que tu salvaste mi vida.’ Respondí. Segundos después ella sonrió y dijo: Lo que pensé ¡un estúpido!

‘Sonreí, ella sonrió conmigo y ella intempesivamente lo hizo conmigo. Después me acercó una botella de vino a medio vaciar y ofreció beber de ella mientras terminaba de curar mi mano. Después tuvimos una de varias charlas que aún recuerdo a la perfección.

‘Mientras curaba mi mano dije: duele, llorón respondió ella. Sonreímos los dos.

‘Lindo vestido, comenté. No es necesario respondió. No necesitas adularme solamente no te robes mis cuadros al amanecer, dijo. No lo haré, respondí.

Apenas terminaba de curar mis lesiones cuando ya me preguntaba si tenía hambre. A lo que respondí que en realidad tenía sed.

Me ofreció vino al tiempo de acercarme un vaso. Buscando palabras sencillas le pedí me acompañara con el vino. Agregué, en forma de broma que si lo terminábamos pronto yo tenía

un par de amigos cerca de la tienda de abarrotes, que ellos podían traernos más bebida.

‘Juntos por primera vez los dos desconocidos reíamos en una hermanada mirada. Mientras ella sonreía puede observarla a detalle. Tenía, no más de veinticinco años, mediría como un metro setenta, piel blanca, ojos claros, cabello que caía sobre sus hombros como cascada de agua virgen, mirada clara, piernas largas, manos vivas, labios carnosos palpitantes, estilo, sobre todo eso, estilo, tenía mucho. Una señora. Mi señora guerrera de la salvación, pensé sin decir nada.

‘Después de sonreír, ella fue por un segundo vaso y se sirvió. Mientras lo hacía dije en voz alta: “Hay muchas acciones y comportamientos que hacen puta a una señora, pero no muchas que hacen señora a una puta”, tú eres sin lugar a duda una señora como mucho estilo. Sin embargo, agregué, no creo necesites esas alegorías.

‘Ella sonrió y respondió en medio de una sonrisa, diciendo toma vino, el que has tomado antes te hace decir tonterías y reímos de nuevo.

‘De pronto, de la nada, sensaciones ajenas se apoderaron de mi cuerpo; de forma por demás extraña noté que mis piernas se aflojaban, mi cuerpo carecía de respiración constante y la vista se me nublaba. Además, escuchaba voces en una habitación contigua dentro del apartamen-

to de la mujer. Pensé que era el efecto del vino y pasaría pronto.

‘Recuerdo al poner mayor atención en la mesa, noté un delicioso queso ¡hum! camembertt dije, observando la mesa. Ella me acercó el queso y una pieza de pan.

‘Me sentía cada vez más aletargado, pensaba en la posibilidad de en algún momento perder el conocimiento, además los ruidos en la habitación contigua, continuaban.

‘Apenas había empezado a comer cuando ella me cuestionó respecto al cómo yo había llegado hasta ese lugar. Le respondí había primero llegado a Madrid proveniente de México y posteriormente arribado a París con la intención de conocer el lugar, agregué que tenía un par de semanas viviendo en el hotel Villye, a unas ocho calles de la arteria donde me encontraba.

‘Ella tomó un poco de vino y preguntó si yo había encontrado algo de mi agrado. Respondí diciendo que en realidad sí. Dije París me parecía hermoso, le comenté mi teoría respecto del lado sórdido de París.

‘Le narré lo mucho que disfrutaba las callejuelas plagadas de olores y colores. París es una ciudad donde todo es posible, incluso lo poco trascendental se forja como un acto digno de admiración, por ejemplo, es asequible contabilizar

hasta cien tonalidades distintas del color gris en las viviendas en una sola calle.

‘Pero en particular el Boulevard de Clichy, es un lugar donde la mejor forma de andar es seguir la guía imaginaria de los olores, los aromas. El sitio es mágico, es un sueño de olores interminables, todos agradables al olfato.

‘Entre risas y desdén, balbuceó llamándome iromántico! Después ella me contó que estaba cocinando hacía apenas unas horas atrás, pues ese día no quería salir a la calle. Dijo estaba harta de gente loca sin visitar el espejo. Me contó que cocinaba frecuentemente, que era un gran placer para ella. Además me indicó ella había salido a fumar un cigarrillo al balcón cuando me observó pasar para entrar a la vinatería y detrás de mí, al *Tuco*.

‘Su cocina necesitaba chocolate por eso bajó a la calle, me confesó, y fue a las puertas de la tienda cuando me encontró peleando como fiera contra tres de los más agrestes delincuentes parisinos de la zona, mismos que impidieron comprar mi chocolate, puntualizó en medio de un sonrisa corta.

‘Reímos, su inesperada disertación explicativa me había tomado por sorpresa. Me atraía su extraña forma de conducir su plática. Hablando cuando quería y de lo que quería, rompiendo parámetros lingüísticos preestablecidos, pero

siempre cuidando el hilo conductor de la comunicación.

‘Respondí en la misma tonada, diciendo la había visto antes. Hacía unas tres noches, parada en una esquina cercana, fumando. Recordé que tenía un vestido blanco, corto, zapatillas muy negras, cabello muy negro, labios muy rojos.

‘Yo platicaba afablemente, ocultando mi estado real, pero me concebía mal. El cuerpo apenas me respondía, estaba mareado, me sentía desfallecer.

‘La mujer sonrió y se medio desnudó frente a mis ojos, despacio, lentamente despojó de su cuerpo las ropas que traía encima. Vestido tras vestido. Pieza por pieza, mi respiración agitada danzaba al rito que su cuerpo se desnudaba. Se detuvo al llegar a las medias, las desabotonó del liguero con la parsimonia que jueces toman sus sillas antes de decidir el destino de prisioneros, con la forma que líderes religiosos toman el papel de interlocutor entre su dios y el mundo...’”

La lectura de la declaración se detuvo ante la sorpresa de los escuchantes, que para ese entonces parecían niños espectadores en circo humano. Una mujer irrumpió en la comisaría; su fuerte presencia generó que todos callaran.

-Soy Atenas y vengo a sacar de nuevos apuros al romántico éste. No estoy muerta, solamente me aburrí de la gente. Este hombre no puede matarme, moriría con-

migo, él y yo estamos ligados por algo más que el ombligo -dijo la extraña mujer.

Posteriormente, sacó algunas identificaciones de su bolsa de mano y las enseñó a las autoridades.

-Se los dije -gritó el declarante. Es ella, es ella. La mujer que estaba recargada en su balcón, ella fumaba mirando al horizonte, su figura era iluminada por el faro de frente de su casa. El humo de su cigarrillo y la neblina de la fría noche contrastaba con la luz; es ella, es ella, la mujer con quien, juntos, inventamos el amor; con quien lo hicimos de tal forma que desfallecimos hasta perder la razón y la vida hecha muerte.

-¿La puta? -preguntó entre gritos el comisario.

Atenas y el declarante se vieron a los ojos. Sonrieron ligeramente, el otrora acusado salió de detrás del escritorio donde se encontraba, caminó hacia la mujer y le palmeó el hombro. Sacó de entre sus ropas un cigarrillo, lo encendió y tras das dos bocanadas colocó la boquilla en los labios de Atenas, ella giró un poco la cabeza de lado, dio un par de succiones al cigarrillo. Y miró de nuevo al acusado.

Las autoridades no podían hacer más que observar inmóviles, como hipnotizados. Una serpiente había entrado a la madriguera de indefensos ratones que embozados no hacían más que observar a la serpiente. La mujer se movía con la delicada peligrosidad de una mamba, una mamba albina por el tono de piel de la mujer.

Romýna y Herbert, ya marchaban hacia la calle, cuando de pronto detuvieron sus pasos. Giraron sus cabezas,

se vieron de frente a los ojos y conjugaron pequeñas sonrisas. El hombre dio media vuelta, se acercó al fiscal y colocándose muy cerca de su rostro, sacó el cigarrillo se su propia boca. Echó humo en la cara de la autoridad y dijo:

-¡No, no es la puta, es la señora, mí señora!

En ese instante Herbert levantó la cabeza y enseñada la agachó de nuevo, impactando con la velocidad de una motocicleta fuera de control su frente contra la nariz del comisario, quien inmediatamente lanzó gritos de sollozo sacudiendo su nariz sangrante.

El fiscal, se movía de un lado a otro lanzando gritos desesperados, manchando escritorio y papeles, paredes, al escribano, al secretario, que estaban inmóviles ante la mamba blanca. Desesperación manchada de sangre violenta.

Herbert caminó hasta la mesa del escribano, tomó su hoja de declaración leída y unas más, sin embargo dejó sobre la mesilla un poema firmado bajo el seudónimo de Henri, papel que habían encontrado en la habitación de la desaparecida y había ligado a Herbert al extraño caso.

La mujer, la puta, la señora, la mamba blanca, parada en la puerta soltó una serie de carcajadas. Herbert corrió hacia ella, se tomaron de la mano y salieron del lugar evadiendo algunos uniformados que tras los gritos acudían corriendo en sentido contrario a ellos.

Ambos salieron del lugar tomados de la mano. La mujer ataviada con un vestido blanco corto, zapatillas negras altas y un peinado enloquecedor.

El hombre arrugó todos los papeles tomados de la comisaría y los lanzó sobre un cesto de basura a las afueras de la oficina gubernamental. Para después cubrir, ambos, sus ojos con lentes *Wayfarer* y desaparecer entre el bullicio que aparecía y desaparecía como inventando nuevos desconocidos en cada esquina.

El papel con el poema quedó abandonado y manchado de sangre sobre la mesa del comisario unos segundos antes de caer al piso tras el contacto con una ventisca de aire y posteriormente ser barrida hacia el cesto de basura, para finalmente ser llevada al basurero municipal.

## Camino

Somos el cambio, el origen  
el fundamento del todo mencionado por Heráclito  
Somos ese cambio incesante, somos proceso  
continuo somos nacimiento y destrucción  
somos hacedores de borgianas historias

Somos el continuo, el incesante andar de la  
humedad  
somos el agua que cae sobre espaldas anchas  
somos tus carnes desnudas, tu pecho erecto  
noches oscuras en balcones de primer piso

somos sueños de lucidez consumidos por brasas  
somos ardiente de pasión  
caballos salvajes conociéndose en praderos silentes  
sueños conjugados, mundos vacíos  
Crear, destruir para existir

somos el constante discurrir de la duda  
Somos el camino no transitado pero existente

el andar del ciego, la voz que crea siembra  
somos andar destruyendo campos

Somos creación, la nada creada antes de nosotros  
Somos la deconstrucción de la nada  
Somos la destrucción de la vida  
la implantación por encima de la nada y la vida  
somos vida asesina de existencia remota

Somos la muerte de la nada, la existencia de  
nuestro todo

## Éste es un hermoso mundo

**D**esde su posición solamente podía ver oscuridad, nada parecía haber en la penumbra de su habitación.

Aun así, su espíritu intentaba sobrevivir ante la noche, mintiendo a la sombra del mal que atentaba y mordía conciencias desnudas, desquiciadas, maltrechas y vivas en la soledad de las madrugadas.

Este mundo no es más que reflejo de días jóvenes y eternos que un día tuvieron vida, híbridas ilusiones de nuevos amaneceres, palabreó Herbert entre dientes, como conversando con algún amigo irreal, al tiempo de destapar una deformada cajetilla de tabaco; fumó de estos pitillos y bebió largos tragos de una bebida parecida al *whisky*.

Herbert, sentado con las piernas al vacío, sobre el marco de la única ventana que tenía su habitación, situada en el tercer piso de un viejo edificio de cuatro plantas, observaba al cielo. Daba la impresión de estar buscando algo, sin embargo, poco se veía entre las nubes de polvo y vapor que rodeaban aquel lugar.

Tras fumar medio cigarrillo, Herbert dio vuelta y caminó por su minúscula habitación (con la mano derecha sostenía una botella de licor y con la izquierda un pedazo de credencial con apariencia formal, el cigarrillo colocado en la comisura de sus labios se consumía con facilidad) repasaba mentalmente una y otra vez las líneas del documento que sostenía.

No daba crédito a lo que decía: “la Honorable Junta de Gobierno del Bloque Norte lo nombra colaborador del Departamento de Redacción”.

En el papel este nombramiento significaba, entre otras cosas, una opción laboral y ascenso de vida. Pero para él simbolizaba sobre todo, formar parte de la sección del Sistema que realmente consideraba ideológicamente intolerable.

Y aunque, luego del desastre –el fin de las sociedades igualitarias– del que Herbert había conseguido sobrevivir, escasos ideales subsistían entre los que lograron escapar de dicha hecatombe. Estos individuos más que vivir intentaban no morir en el transcurrir del hambre diaria.

En este escenario los tópicos idealistas contra un Sistema a todas luces desigual, no tenían ni siquiera esquinilla cabida.

La sola idea de contradecir, guerrear, o levantar la voz era impensable. La mente de esta nueva masa social ni siquiera concebía la posibilidad de pensar cosa distinta a lo que enunciaba como verdad el Sistema.

Este razonamiento, el adecuar verdades a conveniencia, era labor del Sistema. Fingir operabilidad de tratados de paz, vender mediocridades y falsas esperanzas de vida a los grupos vulnerables, eran situaciones ya convencionales para las sociedades y sus actores generales.

Pero Herbert era distinto, recordó que él había aprendido a valorar su pensamiento como único tesoro, por encima de la opulencia, la pobreza, las pasiones o la modernidad.

En ese estaba cuando recordó una frase: “Seamos de esos fantasmas que deambulan, de otro modo de ser, dentro del sistema capitalista”, esto en paráfrasis de Levinás, un filósofo judío desaparecido hacía muchos años atrás; y también la introducción del Manifiesto del Partido Comunista, un libro prohibido.

Herbert, había sobrevivido a la hecatombe escuriéndose entre cadáveres, ocultándose en madrigueras, comiendo carne a medio cocer, con la premura y temor que un eventual robo de comida producía. Vestía siempre una túnica negra que le cubría el rostro, para hacerse pasar por enfermo de ecúrica; un padecimiento aparecido al mismo tiempo que las guerras. Esta enfermedad tenía características en cierta medida similares a la lepra, provocaba que la capa sebácea del cuerpo se desgarrara y desprendiera en carne viva.

Durante esos tiempos de privación, Herbert había marcado su mano con una doble XX, la señal de estos

enfermos que eran abandonados a su suerte. Los soldados del Nuevo Orden ni siquiera querían acercarse a ellos para matarlos, por temor a contagiarse de esta enfermedad sin cura conocida y casi exclusiva de excluidos.

Para formar parte de la nueva masa urbana de la reconstruida sociedad, la cabeza del Estado ordenó que los sobrevivientes debieran someterse a largos tratamientos radioactivos a nivel medular y neuronal, además de procedimientos psicológicos a fin de adecuar las mentes a las conveniencias de las nuevas directrices en el mundo. Esto bajo el discurso de una “integración mundial”.

Los disidentes a estas órdenes vivían fuera de las ciudades, en condiciones infrahumanas, donde se habían formado pequeños grupos de seres que coexistían con individuos de apariencia y costumbres cada vez menos humanas.

Las ciudades del Estado se amurallaron y entorno suyo se adecuaron diversos mecanismos de resguardo fortificado.

Viviendo fuera de éstas, Herbert estaba solo, no tenía familia, no pertenecía a las nuevas ciudades e intentaba escapar de los salvajes del sórdido inframundo.

Su incursión a la sociedad moderna se había dado una noche oscura, cuatro años atrás, cuando se escurió de la nada hacía la urbe llamada Ciudad Paraíso, escapando del olfato delatador de perros policías, un

enorme muro y grandes alambrados, además de lámparas guardías.

Se infiltró a la ciudad aprovechando un vacío de seguridad perfectamente estudiado por él durante meses, para ello utilizó además de su ingenio, herramientas tomadas de ruinas en ciudades abandonadas.

El guardia de la zona marcada con numerales III-V, aparentemente padecía diabetes, por lo que cada veinticuatro horas tenía que inyectarse algún medicamento, probablemente insulina.

Sin embargo, el sujeto de más de dos metros de altura, pectorales fornidos y tatuajes por doquier, tenía pavor a inyectarse solo, por lo que todas las tardes durante trece minutos descuidaba su vigilancia. Caminaba acompañado de su perro guardián hasta la siguiente torre de vigilancia, donde un compañero le administraba su medicamento, platicaban un par de minutos, bromeaban unos segundos más y el guardia enfermo regresaba a su zona de vigilancia.

Acercarse sin ser visto, ocultarse de los faros de vigilancia de más de cinco metros de diámetro, escalar un muro de tres metros, caer y salir de una zanja inclinada de unos dos metros de profundidad, cortar una malla acerada y escalar un muro de tres metros, fue la odisea que salvó Herbert para colarse a la ciudad en este tiempo.

Una vez dentro, corrió a ocultarse y con el aliento al borde del estallido, esperó inmóvil entre basura acumulada en una esquina. Escondió sus herramientas en ese

lugar. Vigilante, sigiloso, como animal al acecho, observó el pasar de agentes y ciudadanos del Nuevo Orden. Desfilaron jóvenes que seguramente no recordaban el mundo pasado, viejos demasiado cansados como para intentarlo, mujeres gordas, otras flacas, todas ellas ocultaban su rostro, a fin de pasar desapercibidas de la libido de los guardias que cuidaban el límite de la ciudad.

Esperó toda la noche el momento oportuno para salir de su escondite, seguía un plan, evidentemente.

Con el primer rayo de la mañana observó a distancia a un hombre de unos treinta años, la edad de Herbert entonces. Sus rasgos físicos eran en realidad muy parecidos entre ellos, o eso creyó.

El desconocido vestía un anticuado abrigo negro, sombrero de copa, pantalón oscuro a rayas y llevaba un paraguas bajo el brazo. Transitaba en línea recta, leyendo una publicación de tamaño reducido a modo de diario. Iba directo a la calle donde estaba oculto Herbert, quien sin dejar pasar tiempo, acomodó su cuerpo como gato en alerta. Se preparó para el ataque, colocó sus cuatro extremidades aferradas al piso, su túnica se deslizó hacia atrás, sus largas uñas se aferraron al húmedo suelo, su mirada era perturbadora, sus pupilas dilatadas, observó su derredor, nadie parecía estar cerca, ni observar.

Justo cuando el extraño pasaba frente al basurero donde se ocultaba Herbert, saltó sobre él, lo tomó por el cuello, lo jaló hacia el basurero y lo azotó contra una

pared cercana, el desconocido se vio sorprendido y aunque trató de defenderse no lo consiguió. Un segundo impacto de su cabeza contra la pared le provocó la pérdida del sentido. Herbert tomó la tapa de un cesto de basura y lo golpeó con fuerza en la nuca y el rostro en repetidas ocasiones. El hombre estaba desfallecido, Herbert, agitado, golpeó fuertemente un par de ocasiones más y finalmente se paró sobre él, observó su rostro muy de cerca, le parecía familiar.

Agudizaba su memoria, cuando escuchó una patrulla aproximándose al lugar, por lo que arrastró el cuerpo desfallecido entre la basura y él se escondió también. Pasada la escuadra policíaca, revisó los signos vitales de su víctima, la dio por muerta.

Herbert estaba decidido a tener una identidad propia en el Nuevo Orden, lejos de los bárbaros que vivían fuera de la ciudad, donde se comía solamente desperdicios de la metrópoli y carne, incluso humana, que algunos vándalos ofrecían a cambio de sexo, piedras preciosas y algunos vegetales que la hacían de drogas; donde se dormía entre cavernas, peleando el espacio con animales salvajes.

Recordando eso, despojó de su ropa al hombre, lo ocultó bajo la basura y botes vacíos. Se vistió con la indumentaria del desconocido, revisó sus bolsillos, encontró identificaciones de su apartamento y ocupación.

Esperó todo un día escondido entre botes de basura e inmundicia en ese lejano distrito de las periferias de

la ciudad, inmóvil, en calma, respirando apenas lo necesario.

Llegada la tarde, abrigó al desconocido con su vieja túnica de enfermo, aprovechando los trece minutos de nula vigilancia diaria, lo arrastró hasta la cloaca por donde él se había colado a la ciudad y dio un empujón. El cuerpo de éste, cayó por el desfiladero y rodó hasta perderse de la mirada en medio de rocas y materia de desperdicio; solamente una nube de polvo quedó detrás de él.

Herbert hizo un par de nudos con alambres en la malla antes rota e intentó cerrarla toda prisa. Después caminó por la calle cercana, comportándose lo más normal que sus nervios le permitían. Rompió una manga de la playera que llevaba debajo de la camisa gruesa y vendó su brazo ocultando las falsas marcas XX de ecúrica.

Nervioso caminó por la calle, sacó de su bolsillo las credenciales, las apretó entre sus manos sudorosas al tiempo de marchar hacia el edificio donde había visto salir al desconocido. Apenas atravesó el umbral de la puerta de acceso al edificio, se pegó de espaldas contra la pared frontal, limpió enormes cantidades de sudor escurriendo por su frente y verificó los documentos.

Estaba decidido, suplantaría la identidad del sujeto, que tenía por nombre de identificación Hanck M. 23-45-Norte, hombre soltero que vivía en el apartamento F de la sección siete al Norte Oriente de la ciudad y trabajaba como bibliotecario en la librería oficial de la ciudad. Esa era la nueva identidad de Herbert.

Subió al apartamento; tras vencer su temor a sitios desconocidos y abrir una puerta cuyos rechinidos, pensaba, alertarían hasta al más despistado agente del orden, inspeccionó el lugar. Le sorprendió la austeridad de la vivienda de apenas dos habitaciones y paredes blancas y vacías de cuadros o cualquier otro tipo de decoración. Tras cerciorarse estaba solo, buscó comida y se alimentó hasta saciar su apetito. Pasó diecinueve minutos comiendo sin parar.

Recordando los consejos de informantes avecindados fuera de la ciudad, marcó su brazo con el numeral correspondiente acotado en los papeles de identificación, acudió a la oficina de empleos común y pidió cambiar su ocupación argumentando padecer constantes mareos ocasionados por el olor del pegamento de los libros.

El cambio fue concedido pero solamente en una menor escala contractual, le otorgaron un oficio como obrero en una mina de carbón. Nadie lo reconocía en esta nueva ocupación.

Así fue como pasaron cerca de dos años y Herbert se acostumbró a su nueva vida que, aunque solitaria y traumatizante, le daba la posibilidad de sobrevivir lejos de la inmundicia de las afueras de la ciudad.

Sin embargo, la labor que el Sistema le encargaba ahora, la de historias falsas que transgredían, pensaba, era el trabajo más vil que la nueva naturaleza social podía ofrecer. Y renegaba de ello.

Sabía tendría que aceptar el empleo, de lo contrario el Sistema tomaría como una ofensa su negativa. Más aún cuando en un momento de cavilación, recordó que hacía mucho tiempo no llegaba correspondencia al apartamento, de hecho nadie en la ciudad debía mantener correspondencia de este tipo.

En ese momento caminó por su minúscula habitación, abrió la gaveta de su escritorio que también la hacía de mesa. Al fondo del cajoncillo pudo observar un viejo y amarillento sobre, aún con timbres postales, la carta nunca entregada estaba dirigida a Patzus.

Tras observar durante largo rato el documento sin mover un solo músculo de su cuerpo, Herbert cerró de golpe la gaveta y recordó, desde que las naciones habían entrado en guerra las formas y sistemas de correo habían sido destruidas, por lo que la notificación indudablemente habría sido directamente entregada de la mano de un miembro inmediato del Sistema, también llamado Democracia Total.

Herbert tomó una pausa y se recostó sobre un sucio colchón tirado en el piso, fumaba y tomaba con la mirada perdida al techo de su habitación, trataba de recodar entre su pasado algún recuerdo que lo ligará a la nueva encomienda.

Sabía que la única persona que conocía al interior del nuevo orden gubernativo, era su viejo amigo Matheus, a quien tenía mucho tiempo sin ver, desde antes de la gran guerra que los separó. Prácticamente desde veinte años

atrás, cuando envueltos en una discusión que contraponía los ideales de Herbert con la operabilidad de los entonces nuevos lineamientos sociales que Matehus representaba como teorizante del grupo encaminado al poder, decidieron, aunque no de forma explícita dejar de frecuentarse.

Extraviado en esta divagación recordó en su imaginación, algunos de los aspectos que en esa ocasión había discutido con Matehus en el viejo bar llamado *El caracol dorado*, donde se reunían todos los viernes, llegaron a su mente detalles tales como la genealogía del caos de las sociedades actuales y el recalitrante autoritarismo del grupo en el poder.

Memoraba en aquella ocasión, la discusión central se basó en la necesidad de un grupo en el poder que diera orden a la sociedad, en aquel tiempo discutieron no sobre si debía o no existir el poder del orden, sino, el ejercicio de los gobernantes con este poder.

Este recuerdo de discusión le hizo recordar el origen de esta desestabilizada social y abusos comenzaron a mediados del año 2080, cuando el mundo se dividió en tres grandes bloques aliados. Dos estaban conformados por países ricos entre ellos los antiguos gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Grupos que buscaban dominios ostentosos y absolutos.

En contraparte, la tercera agrupación estaba constituida, además de Italia, por países tercer mundistas, principalmente de Centroamérica, Europa del Este y África, que pugnaban por su libertad.

La lucha por el poder máximo condujo a una inevitable guerra mundial, la destrucción fue masiva y al cabo de algunos pocos años la suma de armamento biológico y fuego, consumieron al ochenta por ciento de la población humana mundial y con ellos a un descomunal número de mundos biológicos y celulares.

Así pues las zonas habitables fueron devastadas; ríos, lagos, mares fueron contaminados, algunas veces accidentalmente y otras más intencionalmente buscando disminuir las fuerzas de refractarios.

La población humana restante se fundió en la perdición de guerras civiles por la búsqueda de víveres y agua, sobre todo agua. Pocos redivivos deambulaban entre franjas peligrosas buscando algo para alimentar sus hambrientas bocas y apagados espíritus.

Dadas las condiciones devastadoras en las que se encontraba la raza humana, los bloques en guerra pactaron una relativa amnistía que si bien nunca consiguió el cese al fuego total, sí cimentó un plan: los grupos se dividieron lo que restaba del mundo (principalmente las zonas polares) las pocas fuentes de alimento y sobre todo acuíferas fueron protegidas con todo el poderío armamentario bélico posible, los civiles fueron encerrados en pequeñas zonas medianamente habitables, marcados en los brazos con un código numérico para tener órdenes contables; se fundaron las nuevas ciudades. Los habitantes eran obligados a trabajar en minas que buscaban hallar nuevas fuentes de energía, los trabajos eran extenuantes, de sol a sol.

Estas jornadas servían al gobierno para acercarse cada día más y más a las fuentes de energía que, entendían, sería la salvación del planeta.

Por otra parte tal vez igual o más importante, estos trabajos mantenían a los sujetos ocupados durante todo el día. No tenían tiempo para nada más que no fuese trabajar, comer, descansar pequeños momentos y dormir, nada más.

El Sistema intentaba eliminar toda posibilidad de pensamiento emancipador en los individuos. El pago para los semi-esclavos no era dinero, sino comida y agua, sobre todo agua (aunque plagada de elementos tóxicos) las raciones eran por demás insuficientes, cada día menos.

Había un toque de queda y se prohibía deambular más allá de los límites señalados, se temía que alguien pretendiese atentar contra las reservas del vital líquido.

Cualquier desobediencia era considerada un acto de rebeldía y contingencia, eran castigadas con diversas puniciones todas relacionadas con la muerte; eran asesinados. Sin embargo, el dolor y saña con que se perpetraba el castigo dependía del estado de ánimo de los castigadores, que en muchas ocasiones vendían estos espectáculos de escarmiento a patios de grandes magnates del poder.

Estos castigos eran juzgados dependiendo de la gravedad del delito cometido, el cual era determinado por el primer comandante de la Policía (que era un grupo

del orden, fusión entre fuerzas castrenses, civiles y policiales) en arribar a la zona de la infracción. Mismos que eventualmente organizaban castigos en público para algunos personajes.

Por las tardes y noches las calles estaban vacías, ni siquiera vagabundos se hallaban, solamente algunos enfermos mentales vagaban por los caminos, pero incluso éstos estaban marcados, y eventualmente se les realizaba un conteo e inspección. Sin embargo, los castigos para ellos no eran bien pagados por los magnates que disfrutaban observando los escarmientos a gente de evidentes rasgos finos, a quienes el dolor en verdad les fuese ajeno. Por ello los mendigos no interesaban a la Policía.

Herbert detuvo su ataque de recuerdos, pero aún así, no encontraba la razón por la que le otorgarían el cargo. Inesperadamente un estruendo se escuchó muy cerca del lugar, Herbert dio un salto derramando parte de su bebida sobre el suelo. Pasado el susto, se convenció de la idea de ser un servil real del Sistema que lo atormentaba y esquivaba. Esto sin lanzarse acriticamente a los brazos de un sistema enajenante, sino por el contrario, desarrollando una criticidad sutil ante éste, para no dejarse atrapar.

De pronto un movimiento extraño alertó sus sentidos y lo asustó; una mariposa entró por la ventana. (Dadas las condiciones circunstanciales la fauna prácticamente había desaparecido, él tenía más de una vida

sin ver una mariposa real.) De inmediato se incorporó y corrió a cerrar la ventana de su habitación, no quería que su extraña visión escapara, el insecto negro y grande extendió sus membranas y se posó sobre un librero. Herbert pudo observar por completo una serie de magníficas líneas curvas, cuidadosamente formadas de afuera hacia dentro, que eran partidas desde el centro por más de siete formas circulares de una especie de yacimientos que sin duda eran parte del organismo intrínseco del animal que se posó justo sobre un viejo libro titulado *El discurso del método*.

El extasiado hombre caminó despacio, lentamente hacia su tesoro, estando a escasos centímetros se agachó, la mariposa cerró las alas y las volvió abrir, con ello despidió un extraño polvo de magnífico olor. Herbert respiró, aspiró el olor que le pareció delicioso, la mariposa extrañamente permanecía impávida, Herbert seguía con la nariz pegada al recuerdo, oliendo el tufo tan intenso que parecía podría tocarse, sentirse.

De pronto la respiración le fallaba, Herbert no podía inhalar, cayó inmediatamente de rodillas, se tocaba el cuello desesperado, los ojos casi se le salían de sus órbitas, hincado sostenía una mano sobre su escritorio y la otra sobre su pecho, la cual parecía observarlo. En medio de su desesperación creyó ver que el negro insecto se acercaba.

Finalmente perdió el sentido, cayó. Escasos minutos después volvió en sí, poco a poco se incorporó, instinti-

vamente caminó hacia la ventana buscando aire. La ventana estaba abierta, aunque recordaba haberla cerrado, no le dio importancia a ese detalle y sacó prácticamente la mitad de su cuerpo, de la cintura hacia arriba respirando profundamente.

Al momento de asomarse se percató que la Policía ingresaba al edificio, sin duda venían por alguien. No convenía hacerse notar cuando los guardias buscaban justicia. Solamente ver sus uniformes grises, botas anchas, macanas en mano y el extraño sombrero con puntas, atemorizaba. Sin embargo a lo que más le temía Herbert era al aspecto de sus rostros. Frío, agrio con la cara lacerada y miradas extraviadas pero duras, daban la impresión de ser monstruos, zombis extraídos de alguna cruel celda de castigo.

Herbert cerró la ventana, caminó hasta la pequeña mesa que su improvisada cocina tenía, se sentía mareado. Se sentó en la orilla de la misma y encendió un nuevo cigarrillo, apenas empezaba a fumar cuando sintió un líquido caliente escurriéndole por el cuello, se tocó y dio cuenta que era sangre, se apuró a dirigirse a un espejo roto y sucio que estaba en el tocador, revisó su cuello, pudo observar una extraña herida en forma ascendente.

De ella escurría un hilo de sangre, Herbert no concebía qué pudo haber ocasionado esa herida. De pronto un estrepitoso sonido lo alarmó. La puerta de su apartamento había sido derribada, la Policía estaba haciendo entrada a su hogar. Sabía que de ser detenido, la muerte

lo esperaba; corrió rumbo a la ventana pensando lanzarse por ella para encontrar un improbable escape, pero antes de alcanzarla, las piernas se le aflojaron y se desplomó por el suelo.

Los agentes entraron, lo levantaron, lo sometieron, le vendaron los ojos y cargaron con él. Fue trasladado a una sala lejana, allí lo ataron a una silla con forma polígona, quitaron la venda de los ojos y lo colocaron de frente a una potente lámpara, la cual impedía que observase nada más que sombras que sus propias pupilas intentaban crear para protegerse.

Aproximadamente una hora después, un sujeto se acercó al tiempo que el farol era apagado y las cuerdas desanudadas, el hombre de aspecto frío y fuerte lo miró a los ojos.

-¿Por qué lo mataste? -preguntó directamente.

Herbert estaba paralizado, no sabía qué decir, sin duda la acusación de asesinato era directa y él se encontraba en la sala no para ser juzgado, el delito caía contundente sobre su espina dorsal, cual trueno surcando los cielos. Nada podría salvarlo, sin embargo, le preocupaba más entender de qué trataba la inculpación, no sabía de qué le hablaban.

El hombre robusto repitió la pregunta con la misma entereza.

-¿Por qué lo mataste?

Herbert respondió con un gesto aturdido de negación. El interrogador auxiliado por una empuñadura

de metal anudada a su mano derecha, propinó un puñetazo directo al rostro del detenido, rompiéndole de manera inmediata ambos labios y parte de las mejillas, provocando una corriente continua de sangre por su perfil, pero su atacante no se detuvo allí, lo continuo golpeando en el estómago, las piernas, los brazos, y cabeza, abriendo la piel una y otra vez hasta el cansancio al tiempo que vociferaba estribillos de una vieja canción. Herbert casi desfallecía, sin embargo, antes de desmayarse, inexplicablemente encontró sentido a la melodía que escuchaba, se trataba de una hermosa composición no escuchada desde mucho tiempo: *Wonderful Word*, instantes después de recordado esto, desfalleció.

Pasado un tiempo recobró el juicio, se encontraba sumamente agotado, adolorido y de nueva cuenta, atado a un asiento y frente a un televisor. Sentía un sabor extraño en la boca.

Apenas despertó y el monitor con coloraciones sepias se encendió a escasos centímetros de su rostro, en éste se observaba a sí mismo en compañía de su viejo amigo Matehus justo el día que sostuvieron el último de sus encuentros. Sin embargo notó esa imagen no correspondía totalmente a su recuerdo. No estaban en el bar donde charlaron hacia años tras, sino en una calle. La imagen en el transmisor evidenciaba que el encuentro se habría suscitado en el seno del Nuevo Orden, sin embargo la lejana discusión, recordaba, se había llevado en escenarios distintos.

No obstante, el discurso verbal era el mismo, la discusión por las posturas críticas se advertía con claridad, finalmente en lo que Herbert pensó era el final del video, se observaba a Matehus dar la vuelta y retirarse.

Pero en algo que no recordaba, se veía a él mismo sacar de entre sus ropas un cuchillo hecho de láminas viejas, correr hacia Matehus y propinar una mortal herida por el cuello.

La daga lo traspasó por la parte posterior del cuello, fue una herida limpia. El arma había entrado por la nuca, atravesado de atrás hacia delante el cuerpo del individuo, el artefacto fue introducido en forma descendente hasta romper en pedazos la tráquea de Matehus, arrancándole la vida de tajo; el cuerpo sin vida calló instantáneamente y del cuello de éste solamente corría un hilo grueso de sangre.

En la grabación se apreciaba cómo Herbert se acercó al cuerpo y desenterró el arma de la carne de su víctima, para ello con el pie izquierdo pisó el cadáver y a jalones sacó la daga, en ese momento innumerables corrientes de sangre brotaron de los restos humanos. El agresor arrastró el cuerpo a un depósito de basura cercano, allí con una habilidad que parecía haberse forjado con la práctica, desmembró el cadáver teniendo el cuidado de verificar de cuando en cuando que nadie se acercase, además de romper el cráneo con la ayuda de dos pesadas rocas.

Finalmente lo que quedaba del cuerpo fue colocado en distintas bolsas previamente seleccionadas de entre

la basura, para después tomarlas y recorrer diversas callejuelas abandonando los sacos uno a la vez hasta deshacerse por completo de los restos, dejando atrás solamente un enorme charco de sangre que se confundía con lo putrefacto del basurero donde había destazado el cuerpo.

Herbert estaba paralizado, otro hombre entró a la sala y dijo con voz desabrida.

-¿Nos dirás ahora por qué mataste al ideólogo del partido?

Herbert con mirada temblorosa intentó responder de inmediato, quería, además, que le explicaran lo que ocurría. Sin embargo, antes que pudiese emitir palabra alguna, una sensación extraña se posó sobre sus labios. Era un sabor de boca agrio. Herbert no podía hablar.

En ese momento se percató que tenía los labios ceñidos. Herbert simplemente no tenía el orificio de la boca, aunque su lengua se movía al interior del orificio oral como serpiente atrapada en una ratonera intentando escapar de sí misma.

Habían sedado a Herbert por meses, lo habían alimentado por vía intravenosa y suturado los labios. Apoyándose en productos médicos le habrían lastimado de manera que la piel de los labios se uniera de forma uniforme desapareciendo por completo el sitio que un día fue su boca.

Herbert estiraba con toda su fuerza los músculos de su rostro, los ojos parecían se le saldrían de las órbitas,

su quijada parecía en cualquier momento se rompería, las venas de su cuello se estiraban con frenesí. Intentaba hablar, gritar, pero solamente sonidos inentendibles brotaba de su cuerpo. El hombre parado frente a él desató sus ataduras y haciendo una mueca de medio sonreír, vociferó algunas palabras con retumbo. No obstante el aturdido cautivo sólo alcanzó entender: te ahogará de silencio hasta la muerte.

Herbert, atónito veía cómo su cuerpo no podía mantenerse en pie, ni siquiera conseguía respirar con claridad. Se derrumbó por el piso, sollozaba copiosamente intentando recomponer su cuerpo.

Tras unos instantes alcanzó a escupir algo por una rendija que se había abierto entre sus labios. De ella brotaba, además de sangre, una especie de agua verde y segregación amarilla que agudizaba su dolor en carne viva.

Pasado un tiempo notó que algo rígido salía del pequeño orificio donde antes estaba su boca. Estaba vomitando sus órganos o eso creyó él, pensó reconocer parte del intestino saliendo de su boca. Se ahogaba, al borde del desmayo, no podía creer lo que sucedía, estaba por vomitar, pensaba, sus intestinos.

Inesperadamente sintió otro dolor, uno nunca antes sentido, tan intenso como para buscar su origen aún en el estado en que se encontraba, lo obligó a tocarse el cuello, una delgada línea de sangre salía de una extraña herida, cerró los ojos esperando la muerte y cuando los

abrió lanzó un feroz grito que retumbó en su cuerpo rogando por la muerte.

Pero al abrir los ojos estaba en su habitación, de pie frente al espejo. Aunque el dolor había desaparecido, el hilo de sangre pendía por su cuello aún, giró el rostro y observó la mariposa, de nueva cuenta la mariposa, acercase a toda prisa, la detuvo con las manos pero ésta despedía también de nueva cuenta ese extraño olor, estaba a punto de desfallecer.

La mariposa lo atacó, la mano con que Herbert la sostenía sangraba. Manipulando sus últimas fuerzas, tomó una sucia daga que encontró cerca y atravesó a la mariposa por detrás de la cabeza, dejándola tirada a mitad de la habitación. Apenas conciente caminó hasta la ventana cerrada y la abrió de par en par esperando respirar hondamente, en ese momento observó que el basurero frente a su casa estaba custodiado por policías quienes hablaban en voz alta de un asesinato.

Herbert sudaba frío y no entendía lo que ocurría. No obstante, regresó hasta donde estaba la mariposa, donde notó había algo muy extraño en ella, la examinó detalladamente, recordando por lecturas que inciertamente leía, las características de las mariposas.

Sabía las piezas bucales de estos animales eran en realidad una embocadura capaz de succionar líquidos. Las mariposas convencionalmente poseían seis patas, como cualquier insecto, y cuatro alas de las cuales even-

tualmente despiden ciertos químicos para defender agresiones o atraer a su pareja.

No obstante del hocicar de este insecto salía una especie de pico dentado, la mariposa también despedía un olor adormecedor parecido al efecto del cloroformo, sin duda el insecto había evolucionado realizando una mimesis en función de la nueva naturaleza de la tierra. Era sin duda un animal hematófago pensó. Herbert construyó una conclusión: el insecto se alimentaba de sangre, esto lo conseguía haciendo una pequeña herida en la piel de sus víctimas, de donde la sangre fluía libremente gracias a la acción anticoagulante de su saliva.

Conmocionado por su descubrimiento tomó la mariposa con cuidado y desenterró la daga que le había causado la muerte, no sólo para darse cuenta que el arma no le pertenecía, sino también era la misma aunque en dimensión más pequeña, que en el video mataba a Matehus. Asustado, tiró la daga y la mariposa por el suelo, corrió a la ventana. Desde allí observó que policías limpiaba la zona, había sangre por todas partes, era el lugar que el video señalaba como el punto donde el cuerpo de Matheus había sido desmembrado. Y justamente era el sitio donde había atacado a aquel hombre a quien robó su identidad hacía ya algún tiempo.

Horrorizado, notó que elementos policiales subían a su edificio, iban por él, pensó. Su piel se excitó, su cabello se erizó, su respiración se aceleró, sudaba a sobre-

manera, sus ojos parecían salirse de las órbitas, jadeaba, de su boca entreabierta escurría saliva.

Corrió por su habitación, aseguró la puerta, sofocado tomó la daga, respiró profundo, cerró los ojos y de un solo golpe la enterró por su cuello. Cayó instantáneamente, generando silbidos provenientes de aire escapando de carne abierta, gimiendo por la nariz y la boca, desde donde salían grandes cantidades de sangre.

Tras unos segundos de sacudirse estruendosamente, su cuerpo terminó tirado, inerte sobre el piso en medio de un charco de sangre.

La soledad y el silencio tomaron por asalto el lugar.

Un seductor y embriagador olor acompañando de una mariposa emergió por la ventana del dormitorio. La mariposa salió del lugar y rítmicamente voló, hasta franquear la desierta calle, dirigiéndose hacia un edificio contiguo.

Amarillenta carta, aún con timbres postales, descubierta en el interior de la gaveta del viejo escritorio que la hacía de mesa.

Dime cuándo prohibiste olvidarte  
dime cuándo caducaste el pasado  
Dime cuándo amarte es olvidarte  
dime cuándo embrujaste mi cabeza  
Dime cuándo moriste en mis brazos  
dime cuándo, mujer.

## Patzus

Aún tengo la memoria empeñada en el recuerdo de tu voz diciendo ¡llamaré mañana! Sin embargo, Patzus, he de decirte en su momento, no tomé a esas palabras la importancia que ahora entiendo tenían.

Tiempo después llamó tu padre, él me informó tu lúgubre decisión de marcharte a un retiro que entiendo involuntario. Sin embargo, la voz quebrada y honesta de tu padre no dejó resquicio para más preguntas.

Conociéndote, tan vagamente, como te conozco, ahora mismo no sé dónde encontrarte. Podrías estar al norte del país, convencida por tu padre, quizás fuera de nuestra tierra, persuadida por tus hermanas, podrías también habitar alguna pradera rural, donde te sintieras bordeada por vacas. Siempre quisiste tener una vaca en tu patio, principalmente durante la temporada de lluvias.

En lo personal mi cabeza está desconcertada, apenas alcanza a escuchar mi razón que dice estás en mi corazón y el recuerdo. Pero no es suficiente.

En este momento rememoró la charla telefónica con tu padre; debí haber preguntado más detalles, pienso.

Bien Patzuz, ahora mismo me encuentro con los ojos desorbitados, tengo acelerado el ritmo cardiaco, ganas de comerme un árbol. Y no es que intente a través de la lástima procurar tu respuesta, no. Es más, estoy casi cierto que no lees esto ahora mismo, sino que lo harás en dos o tres tiempos, cuando regreses a casa.

Pues no sé qué nos ocurre. Eventualmente cuando tenemos la cabeza clara y el alma combativa nos abrazamos y decimos “quizás” y “hasta luego”; pero cuando las flores de nueva cuenta dejan olores en las avenidas plagadas de putas nocturnas, cuando las azoteas de nuevo huelen a marihuana, cuando los ebrios deambulan por las calles buscando a sus amadas, cuando el mundo es mundo y el infierno es infierno, la gente busca su paraíso y todo desaparece.

No es que tenga los ojos calientes de deseo por verte, sólo que si no lo hago pronto se me desangrará el rostro y vendrán las serpientes arrastrándose entre penumbras y mentiras, me arrancarán los ojos a mordidas y se me meterán por las comisuras.

Lo sé, puedo sentirlo, puedo observarme corriendo despavorido con mitades de pardos reptiles en los ojos, gritando, solicitando lluvia, agua, lluvia gota tras gota, agua, más agua, pero

nadie sabrá qué es lo que realmente quiero. La única quien lo sabe se ha marchado ya.

No es que solamente te necesite para existir, no es que te utilice para sobrevivir, pasa Patzus, que muero por ser lo que somos estando juntos, muero por sentirte sana, pura.

Muero por deambular juntos, ebrios, cantando canciones inconclusas, juzgando preceptos culturales y sociales de una vida; rancia vida, que no se tomó la molestia de pedir nuestra opinión antes de forjarse de tal o cual manera.

He probado todo, mujer, todo; he dejado las píldoras, he regresado a ellas, aún con la contraindicación de desequilibrio mental. Me he embriagado en casa, solo, solo y más solo. He inundado mis pulmones de humos malditos en los parques públicos, he recuperado los deseos de tragos de Jack Daniels en las madrugadas despavoridas. Me he sentido ebrio, vagabundo, capaz y he decidido intentar vivir una vida solamente nocturna, escapar del Sistema, dormir de día evadir personas, sólo vivir de noche donde pretendo encontrarte; en la soledad que escribo que canto que veo. Pero no apareces por ningún lado. Tienes que aparecer pronto, mujer te lo pido, te lo ruego.

Aparece en mis sueños, en mis mentiras, en mis verdades, en mi miseria, en la locura en la pobreza, en la mendicidad, en la otredad, si re-

gresas, sé otra, déjame abandóname, sé otra pero aparece. Aun en la otredad serás lo que siempre has sido.

Tienes que serlo, de lo contrario estas pesadillas nos arrancarán los ojos. Yo intento detenerlas, todas las noches luchó contra ellas, me levanto de madrugada con un sabor amargo en los labios, no puedo dormir durante horas, la cama se mueve, el calor asfixia, mis ojos no dejan de verte. Amor mío, tienes que aparecer o de lo contrario, nada ni nadie tendrá constancia de nuestra existencia.

Esperaré por tu regreso, aunque la gente diga han pasado décadas de recuerdos y vidas nuevas desde que te marchaste, aunque hoy estés extraviada de camino yo sé que solamente han sido un par de meses. Te esperaré.

Y no es que tema las serpientes que desgarran ojos, ni a los perros que ya no ladran mi andar, ni a las mujeres libres y ebrias que fuman en azoteas y no huelen a tu piel; temo una vida sin ti, amor mío.

Nota: En la parte adversa de las hojas utilizadas para esta carta nunca entregada, un verso libre.

## Soledad del Tigre

Ocurre que me encuentro solo  
solo al pie de una ventana  
praderas vacías  
gentes desconocidas

Solo conmigo mismo  
lejos de lo que he sido y deseé ser  
solo, dando vueltas en la habitación  
paredes vacías donde proyecta tu rostro

Volver a casa antes de volverme loco  
antes que este otro que soy ahora me suicide  
ocurre que nada soy sin ti.

En la penumbra de mi lejanía encuentro  
no busco, encuentro  
abandono la felicidad  
el triunfo, la soledad, nosotros

Soñada felicidad, efímera, soledad que asfixia  
obliga dar vueltas en la cama, obliga visitar  
Visito. Visito la tristeza deseando encontrarte  
dar contigo, hallarte

Observarte saliendo de la puerta, tu sonrisa.  
Tus vestidos ceñidos, la vida en tu entrepierna  
el alma en tus pechos, pasión en tus ojos

Derribar la portezuela  
echar a correr sin parar  
llegar a casa, dar contigo  
Perdidos, extraviados luego de tu partida

Penumbra desesperante, grande no enorme  
Nunca oscureces mi pensamiento  
me atemoriza esta libre mirada  
nuevos horizontes camuflageados

Costillas, seres indecentes que aman, caminan  
hastió total, nos perdimos, te marchaste  
me marché. Siempre estuve ausente.

Ocurre que es la misma vida  
estoy en otro mundo padeciendo  
padezco, extraño, sufro la misma vida  
caos, lujuria, pasión  
ocurre que me encuentro solo.

Sin tí, solo, vacío como gato-tigre sin ombligo  
nada es igual y todo es igual, vueltas, tumbos  
habitaciones vacías, sentimiento e inmundicias  
Te quedaste fuera, decidiste; ganaste, yo perdí

Lugar abandonado de tu mirada  
No existo, no existo, no soy  
mi corazón no palpita, no estás

Ocurre que esta habitación me pesa sobre los  
hombros, los mismos que azotan con pesadumbres mi  
vertebra. Ocurre que estoy harto.  
ocurre que nada soy, mujer.



## Paseo por Trafalgar Square

Solamente quiero un boleto de ida. Fue lo único que dijo el sujeto vestido de sombrero y chamarra de cuero negro, antes de ascender al camión que lo llevaría de la Estación Victoria, en el centro de Londres, al Aeropuerto Stanced, a unos sesenta kilómetros de distancia.

La vendedora de los billetes se sobresaltó ante la presencia del hombre con mirada penetrante y voz ronca; de igual forma entregó el billete con valor de ocho libras.

El sujeto, tambaleante, tomó el billete y antes de subir al vehículo encendió un cigarrillo forjado que fumó como si fuese el último de su vida, intercalando fumadas sólo para mirar las siluetas de personas que corriendo por una fría noche intentaban llegar a casa lo antes posible, chocando entre ellas sin cruzar palabra ni siquiera con sus sombras.

El hombre, encorvado de hombros, levantó el cuello de su chamarra para protegerse de la pertinaz llovizna que mojaba la capital inglesa. Observaba a las personas y pensaba en la clásica estirpe de gente moderna, andando

de un lugar a otro sin tener tiempo para vivir. Seres que existen en función del correcto desempeño de papeles y ejecuciones que sistemas de dominación otorgan a cada uno de ellos, simples entes industriales cada vez menos capaces de independizarse ni siquiera de sí mismos.

De pronto, una mujer apareció entre las sombras, sus pasos eran rítmicos, su figura delicada, su mirada parecía escudriñar el ambiente; su belleza era acentuada por un cabello con forma de agua descendiendo por alguna pendiente en cascada virgen, además de unos labios carnosos y firmes que invitaban a callar. Sin embargo ninguna sonrisa emanaba de ellos, tenía en el rostro un gesto de tristeza dibujado en forma de neblina.

La chica vestía chaqueta larga y bufanda. Mientras fumaba, el hombre lanzó una sutil mirada hacia la chica, que no acostumbrada a esto correspondió con un nervioso gesto más parecido a estornudo que a sonrisa. Era un saludo torpe pero dulce.

-Nos vamos- dijo en voz alta, era la conductora.

El hombre finalizó su cigarrillo, echó una mirada a su derredor y sacó de la bolsa lateral de su chaqueta un sobre delicadamente doblado. Lo observó, suspiró y finalmente arrugó para depositarlo después en un cesto de basura cercano. Subió al camión cargando una valija de color negro y se acomodó en un asiento cercano a la puerta de emergencia.

Tras algunos minutos, el vehículo conducido por la bella chica de cabello largo y ondulado se encaminó al

aeropuerto. La hábil conductora de vibrantes ojos negros, piel blanca y tono de voz encantador, colocó una cinta de George Mustaki en la máquina reproductora y bajó el volumen casi al mínimo. Cantaba entre dientes con un acento francés poco lucido, pero seductor, al tiempo que el vehículo avanzaba.

Apenas unos cinco minutos después, el hombre colocó su mochila en la silla del asiento de junto, recostó su sillón y se deslizó para finalmente colocarse el sombrero sobre el rostro y así, aparentemente, iniciar una siesta.

La gente que viajaba en este mismo camión, generaba un enorme barullo; murmullos, risas, enfado, timbres, todo junto creaba un ambiente que imposibilitaba el sueño. Sin embargo, la mujer conductora que, no paraba de observar al extraño sujeto, notó que éste aparentemente dormía.

La mujer conducía en una oscura noche esquivando curvas y “conductores suicidas”, mientras lo hacía miraba de reojo al extraño sujeto. Aunque por un instante la mujer tuvo la impresión que el sujeto la observaba también. No dio importancia a este detalle y continuó su ruta.

Por su parte, el hombre mantenía los ojos abiertos, camuflajeados con el sombrero cubriendo su rostro, acto que generaba una burbuja de penumbras donde solamente cabían sus pensamientos.

Pasado un tiempo, justo al pasar por Bridge Street apenas saliendo de Waterloo Place y Trafalgar Square, frente al parlamento inglés, sitio decorado con el mítico

reloj Big Ben, un escalofriante sonido destruyó el armónico barullo de las múltiples conversaciones dentro del camión, todo el mundo gritó, mujeres, niños y ancianos, aún más fuerte.

La imagen era desesperante, nadie podía parar de mirar, la conductora echó un vistazo pero poco podía hacer, los hombres más intrépidos se pusieron de pie, pero inmediatamente regresaron sus pasos. Nadie podía creer lo que pasaba, estaban al borde del caos total. Nada iba a detenerlo, en un momento de valor, un sujeto gritó: ¡detén el camión, detén el camión!

La conductora, contagiada del éxtasis generado por la desesperación de los pasajeros -pero segura de su responsabilidad- respondió con una negativa sin siquiera mediar palabra.

Y de pronto pasó lo inevitable: una mujer rompió en llanto, después otra y otra y luego otros y otros al tiempo de agitar las manos en señal de despedida, dejando el éxtasis desbordado entre sus agitadas manos y algunas lágrimas escurriendo por sus mejillas.

La gente casi desfallece. Habían pasado frente al hotel Marriot y de él salía Nina Simone, para dar un concierto contra el racismo denominado “Todos vestimos de negro”.

Y es que apenas días atrás, el ataque a un aficionado durante el entretiempo de un partido de rugby, el deporte nacional inglés, había puesto en evidencia el pensamiento racista aún existente para ese entonces.

En tanto, el hombre de la chaqueta oscura levantó un poco su sombrero, observó y regresó a su burbuja atemporal donde descansó la mente.

Y es que, semanas atrás, un anciano de cabello y barbas crecidas, con ropa roída y mojada, había atacado a una familia de negros que observaban dentro de una arena deportiva un encuentro de rugby entre dos equipos locales.

El anciano también espectador del partido, estaba sentado dos filas detrás de una familia. Éste habría aprovechado su posición más elevada en la arena para, sin razón aparente, sacar lentamente de entre su ropa una daga y sin mediar palabra, clavarla en la nuca del padre de la familia.

El arma tuvo una trayectoria descendente, entrando por el cuello, avanzando, rompiendo la tráquea, para finalmente encontrar salida en la parte frontal del cuerpo, donde provocó instantáneamente espasmos y brotes de sangre que mancharon a los concurrentes del espectáculo a diez metros a la redonda.

La víctima intentó buscar ayuda, caminar, ponerse de pie; se tomaba el cuello, intentaba articular palabra, pero solamente conseguía hacer que la sangre emanando de su cuello saliera con mayor presión, el chorro carmesí hacía partícipe de racismo, dolor y venganza a quienes con los ojos desorbitados observaban el espectáculo. Muchos pensaban ayudar al lesionado, otros detener al agresor, pero la cobardía generalizada les im-

pedía actuar. Los obligaba a jugar el papel de espectadores ante la inmundicia. El silencio copartícipe de la injusticia; culpable quien actúa, tanto como quien calla.

El herido trastabilló, manchando de sangre a los espectadores y su propia familia que, desesperada, buscaba ayuda en medio de gritos. Finalmente, el hombre cayó sobre las filas de adelante y rodó un par de butacas antes de terminar su camino a los pies de un vendedor de cerveza.

El anciano asesino en medio del absorto total vociferaba, dirigiéndose a los espectadores que se arremolinaban hacia atrás, que él también era una víctima. Que él había perdido empleo y familia años antes por culpa de los inmigrantes que habían llegado a su país, Irlanda, junto con un par de empresas embotelladoras que pudrieron en la ruina a toda la región norte de aquella nación.

El anciano gritaba que la conformación social de las masas impide el libre pensar, que por eso son necesarios eventuales actos de ruptura que sacudan con vértigo las sociedades y con ello puedan situarse en la divergencia real de las múltiples realidades.

Decía que la gente tendría que agradecer la existencia de nuncios del caos como él, pues sólo a través de ellos, las personas pueden enterarse de las realidades distintas a la que sus ojos están acostumbrados a ver; la cual es regularmente creada por el sistema de gobierno global, que fundamenta su orden en la ignorancia de los más y el saqueo y complicidad de las patrias.

Minutos después, la policía desarmó al anciano. Al revisar sus bolsillos encontraron, además de licor, una pequeña dosis de heroína, una cuchara, un encendedor, marihuana entera, residuos de cocaína y una fotografía familiar de tamaño pequeño donde se le podía apenas reconocer rodeado de tres jóvenes y una mujer, todo dentro de un calcetín atado en su bolsillo.

La noticia fue conocida a nivel mundial y aunque el anciano pugnaba por un nuevo orden social mundial, los medios masivos de comunicación solamente hablaron del ataque racista, xenófobo de un anciano maltrecho de sus facultades mentales.

De vuelta al camión. Justo cuando llegaba la calma y un suspiro sosegaba los corazones rotos que veían cómo Nina se alejaba de la mirada de todos, el hombre del sombrero se puso de pie, echó un vistazo a la parte trasera del camión, caminó hacia la conductora y flexionando el cuerpo le murmuró al oído:

-De haber sabido que te encontraría aquí, quizás hubiese comprado el boleto de regreso a casa, quizás habría cambiado mi elección. Tenía una vida esperándote.

La mujer se extrañó y respondió con propiedad.

-Disculpe, pero no lo conozco.

El sujeto del sombrero echó un vistazo hacia el camino que se advertía por el cristal central del vehículo, hizo una mueca de desagrado mientras lamía uno de sus dedos manchados de una sustancia blanquizca y confesó.

-Yo a ti sí, desde siempre, te conozco de mis sueños.

La mujer se desconcertó, y cuando intentaba repetir palabra, el hombre colocó su mano tiernamente en la mejilla de la aturdida mujer y replicó al oído:

-Pero tristemente no tengo boleto de vuelta.

Posteriormente compuso la figura, dio media vuelta sujetándose de los pasamanos y echó una última mirada al frente del camino. Después, caminó hacia su asiento, mientras la mujer seguía sus pasos a través del retrovisor de la parte alta del camión.

Apenas llegando a su asiento, se sentó de un solo golpe, tomó su mochila y tras elevar una triste mirada hacia el techo del camión, hizo estallar una delicada pero precisa bomba.

El camión voló en mil pedazos, uno de éstos alcanzó incluso el estacionamiento del hotel Marriot, donde Nina Simone escapando de las lentes de los periodistas, no se percató de lo sucedido.

## Confesión de Norton Hamilton

Nota: es éste, un documento pericial recuperado por la policía londinense en un cesto de basura del centro de Londres, luego de las indagaciones relacionadas con un atentado suicida donde cuarenta personas perdieron la vida; además Nina Simone inició siete minutos tarde un concierto contra el racismo.

El suicida fue identificado como Norton Hamilton. Mismo nombre que firma el texto encontrado en el cesto cercano a la terminal vial.

Folio3874-pesquisa-fajo34-embajada.

Hoy inicio el abandono de mis restos en transición

Necesito razones

Desde el primer día que asfixié tu cuello con la enferma necesidad humana de expresar y recibir amor, para sentirse menos miserable por su inocua existencia, supe que serías mi verdugo. Así que apresuré los trámites de exilio del paraíso terrenal. Construí uno propio al que viajaré dentro de poco.

Tú sabes y sabes bien, mis amigos reales me evitan, gritan que mis muchas acciones de inestabilidad reviran en contra suya. Existen diversas acusaciones, pero básicamente las imputaciones que se ciñen sobre mi espalda residen en haber dejado de ser amigable hasta convertirme en lo que ellos llaman antipático, drogadicto y alcohólico.

Aguzando entre este juicio, me doy cuenta que mis amigos, me arriesgo al llamarlos amigos, pero me arriesgo, tienen en la medida de la amistad toda su razón.

Ellos conocieron en mí a una persona amigable, que disimulaba la sonrisa cuando equivocaban pensamientos generales desconocidos o cuando erraban conceptos básicos de lo individual. Inclusive me equivocaba con ellos de vez en vez. En aquel entonces al final del día nos despedíamos con una sonrisa, sabiéndonos parte de un mismo todo.

El tiempo pasó y mi persona cometió el castigado error social de cuestionar, cuestionar y al encontrar respuestas divergentes a la realidad generalizada jactarse de sus conocimientos. Entendimientos suficientes para tener sustentos argumentativos en el cuestionamiento de diversas disciplinas, además de condiciones y formas de vida que la gente había adoptado por mera ignorancia. Inicié un ascenso intelectual que me estaba llevando a poco.

Los grupos intelectuales a los que pretendía acceder para acrecentar mis dudas, no me aceptaban. Y mis amigos, mis amigos dejaron de entender las razones que regían mis acciones. Impunemente yo me aproveché de ello. Me burlé, los evidencí. Me vanaglorié de logros que amén de ser para ellos inalcanzables, simplemente no les importaban.

Así, me bebí su cerveza, escupí sus rostros, los golpeé, les destruí las fiestas; los humillé, y con ello a mí mismo.

Me encontraba muy cómodo. De poco en poco el grupo que yo pretendía, me dio cabida. Tenía empleo, un puñado de dinero y cierto respeto hacia mi trabajo intelectual.

Me forjé otros pequeños grupos de amistades donde en las tertulias consumíamos excesivas cantidades de algo más que amena conversación. Consumo que por mucho tiempo mantuve controlado, ahora me controlaba y paulatinamente fui perdiendo la conciencia.

¡Mierda, mierda me ha quedado después de todo, por eso marché a Londres, esperando una muerte asistencial que fuese menos torpe que la española, menos amorosa que la italiana, menos pulcra que yo y mi eterna espera por ti!

¿Recuerdas mi viaje al Mediterráneo buscando repuestas? Recuerda, inténtalo, cuando viajé al Mar Tirreno, en el centro del Mediterráneo lo hice acompañado de algunos viejos amigos, solamente para que tras pisar el asfalto de las calles aledañas a la costa yo me separase del grupo argumentando “falta de acción”. En ese tiempo yo estaba ebrio y ansioso de probar algún placebo fuerte. Aunque sabía que era contradictorio a mi proceso de desintoxicación bimestral.

Mala fue la hora en que al momento de desearlo, al descender del automóvil de mis amigos encontré un mensajero de la drogadicción.

Abandonando a los camaradas de viaje, caminé a lado de mi amistad recién encontrada y seis horas más tarde me perdí en uno de los más grandes limbos nunca vividos por mí.

De pronto desperté, me encontraba tirado en la arena de una oscura y fría noche. No llevaba zapatos, dinero ni nada más. Lo que es peor, no recordaba dónde estaba ni que día era. Tenía hambre.

En medio del desconcierto inicié una caminata tratando de entrar en razón o buscarla, pero no sabía qué buscaba.

Recordé en aquel momento a los viejos alcohólicos o a los jóvenes ilusionistas, este momento fue en verdad caótico. Me encontraba solo, en medio de todos y de nadie, era más que desesperante, histérico.

No obstante, al rato de caminar encontré un grupo de mujeres que conocía de tiempo atrás. Asustado me resguardé con ellas e intenté dormir, pero me di cuenta que aún estaba ebrio y bajo el influjo de la combinación de drogas y alcohol.

Tras introducirme en campamentos costeros equivocados, por fin atiné el que pertenecía a las chicas que por el momento me significaba el descanso. Antes de dormir besé por la fuerza a una de las mujeres que encontré dentro de la casa de

campana. Ella despertó y me observó directo a los ojos; eso no se hace dijo en medio de una sonrisa pícaro jugando con su cabello. La observé y de un solo golpe me recosté en la cálida arena cobijada por una improvisada cama.

Sentía una fuga en el aire, como si un agujero negro se hubiese tragado parte de mí.

A la mañana siguiente desperté y entre los cometarios de las mujeres y espasmos de lucidez, comprendí, aún en el absorto, que habían pasado tres días desde mi llegada a aquel mar. Tres días de los cuales yo recordaba solamente algunas horas. Muchas dudas asaltaron mi cabeza. Debo confesar que la mayoría de ellas aún me acompañan como un lastre hiriente y seguro me escoltarán hasta el último viaje de mis días, donde mi conciencia me reclamará la deuda.

Me debo, le debo a mi vida por los menos dos días y medio. No sé dónde quedó esa parte de mi vida, es un vacío que con nada se llena. No tengo ni un solo recuerdo de ello.

¿Qué había pasado durante ese tiempo? Me preguntaba, parte de la respuesta llegaría enseguida, cuando me encontré con un grupo de jóvenes, serían unos quince, quizás más. A uno de ellos, me enteraron, golpeé hacía dos noches. Le había asestado un puñetazo en el rostro porque el buen amigo interrumpió con desagrado una

cita del romanticismo inglés que yo vociferaba haciendo mención a quién sabe qué.

Lo extraño es que, entonces, seguramente yo opinaba lo mismo de esos ingleses engraidos, pero me enfadó que mi compañero de fiesta mostrase tan poca clase en su ataque frontal.

Grande fue mi sorpresa cuando al hallarme de nuevo con este joven y sus amigos, quienes entonces reconocí, célebres golpeadores que atacaban igual por placer que por dinero. Podía observar sed de venganza tumultuaria en sus ojos. Aunque no me atacaron, al contrario, el joven agredido se acercó a mí y ofreció disculpas, las cuales yo atendí y regresé cortésmente.

Después las mujeres decidieron era momento de escaparnos del grupo e ir por un desayuno. Lo que suponía el primer bocado que probaba mi estómago después de haber llegado al mar tres días atrás.

En el camino pagué mi desayuno con una disertación que ninguna de mis acompañantes entendió, pero les pareció exquisita, sublime. Tan sólo utilizaba algo de retórica y ellas quedaban embelesadas.

En este trámite me enteré qué durante mi estancia en la playa, había consumido elevadas cantidades de un cóctel fundamentado en cerve-

za, whisky, alcohol blanco, marihuana, cocaína y pastillas psicotrópicas.

Como resultado de este consumo agredí, hurté, corrí, burlé y finalmente desfallecí levantándome sólo para consumir más de este cóctel hasta el cansancio.

Ellas me habrían encontrado un par de noches antes vagando por la playa en completo estado de vejación, semiinconsciente pero en pie y con una botella de Jack Daniels en la mano.

Me uní a su andar pero al rato decidí abandonarlas, tiempo después ellas me vieron peleando con el tipo al que golpeé, para después escapar y terminar tumbado en la arena de un revolcadero cercano.

Me contaron que pasé la noche en ese lugar y al amanecer, el sol en mi cara me habría procurado solamente ganas de más alcohol y drogas.

Quizás esta vez la cantidad fue mayor o algo pasó, pues al cabo de un par de horas mi razón me abandonó y terminé tirado muy cerca del mar.

Ellas se enteraron que los turistas se arremolinaron a mi derredor al notar que la tarde llegaba, la marea subía, me inundaba la cara y yo no me ponía en pie.

-¡Esta muerto! -rompió el silencio una voz.

La policía acudió y tras verificar que respira-

ba, ni siquiera pensaron en arrestarme, me arrastraron lejos del agua, hasta donde el mar no me tragara y mi aspecto no hiriera los pudores. Allí debí haber permanecido un largo periodo.

Bueno, no abundaré en más detalles de esta historia pues aún hoy me empeño en olvidarla, tristemente es desconcertante, pues no sé cómo. No recuerdo nada.

Solamente me restan dos opciones por cumplir, para ambas he esperado una vida: mi mujer y mi muerte. Es hora de claudicar en una de ellas y por lo menos abrazar una sombra de mi pertenencia.

## Olor a asfalto muerto o navaja hiriente

**E**n aquella noche de lluvia pertinaz, Herbert, en completo estado de ebriedad buscaba resguardo de la fría lluvia de otoño bajo el tapasol de una tienda de abarrotes en una solitaria calle principal, en las periferias de la ciudad.

Sin embargo y pese a la incesante lluvia, su adicto cuerpo le dictaba andar bajo el agua por más cerveza.

Así, Herbert dejó atrás su escondite y abandonó sus sombras de tertulia; caminó tambaleante hasta salvar una arteria vial de cuatro carriles en mediana intensidad, la carpeta asfáltica le parecía hermosa, el color oscuro y el olor a carne quemada del chapapote bañado por la lluvia, le parecían exquisitos.

El sonido de los neumáticos de vehículos conducidos a altas velocidades, que abriéndose paso entre charcos de agua, rompía el silencio de la madrugada y hacía hervir el agua que llegaba a los motores, le parecía sumamente expresivo. A ese cúmulo de características, Herbert llamaba “olor a muerte”.

El tambaleante sujeto jugaba a adivinar las historias que acontecían en los destinos de las personas que desesperadas circulaban por el Libramiento en el cinturón marginal de la ciudad.

Herbert caminando llegó hasta el vértice del Libramiento, que no tenía paso peatonal cercano. Avanzó hasta una acera, después un carril vehicular, luego un descanso, después otra cinta de asfalto, llegó al camellón central, se abrió paso entre las flores hediondas de un altar de madera en honor a un joven muerto entre las llantas de un conductor ebrio dos años atrás.

Caminaba tambaleante con miles de ideas en el cerebro. Al atravesar el tercer carril Herbert giró la cabeza y pudo observar a Nin, la mujer con quien antes había estado; ella charlaba con el tercer testigo de la lluvia. Era Franck, un sujeto inofensivo que en el pasado atacó a Herbert, el ebrio. No obstante, Franck siempre fue consciente de su condición menor, nunca pretendió de nuevo desafiar a Herbert.

Cosa que al principio molestó a Herbert, que estaba deseoso de venganza, pero después, sabedor qué quien perdería al enfrentar a un ser inferior sería él mismo, claudicó su idea de venganza.

No obstante mantuvo siempre en vilo y desconfianza la presencia de Franck, quien ahora charlaba amablemente con Nin.

Herbert pensaba que quizás Nin tendría que estar observando su lento andar hacia la licorería, cuidándo-

lo; sin embargo la mujer solamente sonreía y charlaba con Franck, sin importarle el andar de Herbert. O eso pensaba el viejo ebrio.

Tras esa mirada, Herbert regresó su vista al camino y recordó el rostro de Nin cuando, tiempo atrás, él interrumpió una charla con Franck, ellos reían a carcajadas. Cuando Herbert llegó y la saludó, Nin cambió la mueca y pareció enfurecer, después solamente desdén se dibujó en su rostro. Mientras que Franck, en aquel entonces, giró la cara evadiendo la presencia de Herbert.

El ebrio siguió su camino bajo la lluvia con rumbo a la licorería, la cual se observaba más cercana cada vez, con luces amarillas y gente a su derredor, comprando y haciéndose de fiestas particulares; ya sea comida, bebida, charlas, saludos o simplemente veneno para la conciencia como la hacía Herbert.

Antes de llegar al expendio, recordó un momento alternativo de su conciencia: Nin, a ella le gustaba decidir el momento en que Herbert tenía que llegar al orgasmo cuanto tenían sexo; así ocasionalmente justo a mitad de follada, Nin pedía ¡Vente, vente, córrete ahora! Y lo conseguía, sólo bastaba un sonido, un susurro, un gemido, una pulsación de su entrepierna. Mi navaja hiriente no pertenecía sino a ella, pensó Herbert.

Después de este recuerdo, Herbert caminó con la cabeza gacha, transitó y no se detuvo frente a la licorería. Pasó de largo y de a poco se perdió en la penumbra de calles húmedas que despedían vapores tibios con “olor a muerte”.



## Historia prestada o Rey del Barrio

**A**abriéndose paso entre la soledad, la noche y el olvido, frecuentemente Herbert, hombre de elegancia natural, regresaba de la calle, ebrio y tambaleante. En casa solamente lo esperaba su perro; joven animal de pecho erguido, pelaje brillante, hocico lleno de vida y ojos que contaban historias.

Se trataba de un animal peculiar; territorial en demasía, agresivo con desconocidos pero sumamente afa-ble con conocidos. Una mujer del pasado había dicho ese perro tenía “el mal dentro”.

Desde la adolescencia, Herbert había crecido con el animal y juntos habían llegado al aparente ocaso de sus vidas.

Herbert era un sujeto alejado del contacto de amigos y familiares, buscaba incluso la lejanía social. Sin embargo y a pesar de andar mal vestido, conservaba suma elegancia en sus movimientos corporales.

Herbert estaba sumido en el consumo de alcohol y tabaco. Era un sujeto de caminatas solitarias que defendía a su perro de constantes ataques; el mismo perro que la gente tildaba de agresivo y trasgresor.

Sin embargo, Herbert desdeñaba esta teoría social, él creía que la única forma de entender a un guerrero encerrado en un cuerpo derrotado o mal entendido, era padeciendo la tristeza de vivir en ese mundo donde no se tenía cabida.

Era un pesimista ante el peso del mundo. Por ello, decía concebir el espíritu subversivo de su animal. Pensaba que los espíritus guerreros aun en la mendicidad buscan encuentros, se buscan en el infierno en el mundo o la eternidad.

Herbert, al igual que su perro, cada uno en su contexto, tenían comportamientos antisociales además de agresivos. Ambos buscaban la soledad constante.

Por este agreste y solitario comportamiento, los vecinos de aquella región llamaban *borracho loco*, a Herbert y algunos niños del barrio bautizaron al perro como *Rey del Barrio*. Aunque el nombre real por el que respondía el perro solamente era conocido por el hombre.

La gente, con el paso del tiempo notó las constantes noches de caminatas nocturnas del borracho y el perro. Siempre estaban juntos, borracho y perro.

El perro no salía de casa sólo, esperaba la llegada de su amigo el ebrio para salir unos momentos a la calle a caminar. Parecían charlar felizmente en esos días.

Tiempos felices entre el borracho y el animal. Hasta que un mal día Herbert no amaneció más, pues el sol del amanecer iluminó su rostro muerto.

Esto se supo luego que vecinos y autoridades, derribaron la puerta de acceso a su vivienda. En el lugar encontraron a un sujeto tendido sobre la cama, con la mirada clavada en el techo, una sonrisa dibujada en el rostro, medio cigarrillo apagado en la comisura de los labios; cerveza oscura derramada, whisky al pie del lecho, libros y una poca de comida acompañando al cuerpo inerte.

Del perro nadie supo nada. Algunos dicen que un viejo amigo de Herbert vino por él, otros pensaban la familia del occisos se lo llevó. Otros cuentan simplemente que el perro fue olvidado y vaga por la región, aunque nadie lo ha visto después de aquel día cuando el hedor originado en la habitación de Herbert obligó a vecinos llamar a los servicios de emergencia, quienes prestos atendieron el llamado.

En la mano del cadáver se encontró una nota, al principio se pensó en un testamento o carta póstuma, lo que hizo especular con el suicidio.

Luego de esperar por la llegada de los peritos, estos tomaron el amarillento papel de entre las manos de Herbert. Una de estas autoridades, particularmente un hombre viejo y gordo con un extraño hedor a árnica en la ropa, se colocó unos espejuelos apenas más grandes que feos, afinó la garganta con un carraspeado de pecho y haciendo gala de prepotencia –sin respetar el silencio del cadáver- inició una lectura en voz alta.

El papel rezaba de la siguiente forma:

A él lo llaman de muchas maneras, yo prefiero llamarlo en el silencio, y lo nombro compañero. Quienes lo llaman, lo hacen con injurias y desprecios pocas veces, y mal disfrazados de aprecio. Yo lo llamo en el silencio y la oscuridad.

Sin embargo a él parece no importarle la forma en que lo califiquen; su mirada siempre está impávida, lista, afligida, como en espera de que algo suceda, y sucede. Yo entre tanto lo llamo en el silencio, en la oscuridad, en la soledad que nos cobija.

Pero, él y yo no somos iguales, él es soberano, libre, vivo, es el Rey del Barrio y nada menos que eso. Su esencia es activa, pretenciosa, dulce, polarizada. Y es que nadie mejor que él sabe destrozarse arterias, aferrarse a pedazos de médula y despedazarlas; nadie más que él sabe orinar sobre pretensiones de dominación, orgullo y poder, y después volver y mirar a la luna como pidiendo a su amada que vea al cielo para juntos reflejarse en los reflejos del cielo, compartir otra vez la vida.

Nadie es más territorial que él, y lucha por ser dueño de su espacio, que es su todo, su vida, su familia, sus hembras, sus dioses, su todo. Nunca suspende su lucha, incluso cuando está hundido

en el silencio que sólo él rompe de manera imprevista, pelea.

Sus enemigos aprendieron a respetarlo de la única forma que se aprende a respetar a un guerrero, guerreando.

Lo atacaron por los flancos, por la espalda, intentaron invadirlo por el frente, pero aún cuando por momentos parecía la derrota estar cercana, en cuerpo y alma nunca cayó.

Ahora camina solo y con su mundo a cuestas, cual guerrero del inframundo por las laderas lánguidas de su sórdida realidad. Antiguos enemigos genuflexionan su vida ante el paso suave y rítmico de un viejo rey guerrero que lleva marcada en el alma y rostro su peregrinar con mirada fija por senderos plagados de ideales y creencias.

Cuando regresa a casa, maltrecho por las batallas que blande día a día contra sus viejos adversarios, nuevos jóvenes guerreros que osan enfrentar al legendario monarca y las más batallas libradas contra sí mismo, vuelve al hogar en busca de una mirada que lo llame, y yo lo llamo, lo llamo en el silencio, en la oscuridad y en la soledad que nos cobija. En el orgullo.

En sus ojos nos unimos, caminamos, deambulamos, me cuenta con sus cicatrices, heridas y sangre, de los terrenos ahora conquistados, sus aventuras, su eterna lucha contra el mal.

En silenciosa unión con movimientos circulares nos perdemos en la inmensidad, mientras él me nombra aun en el silencio: compañero.

Tras ese momento nadie articuló palabra, el perito arrugó el papel y lo lanzó sobre el pecho del cadáver, después introdujeron el escrito y el cuerpo dentro de una bolsa de nylon y los encajaron, primero al Servicio Médico Forense y después a la fosa común donde, ambos, papel y muerto, fueron sepultados luego de pasados siete días sin que nadie reclamara los restos.

## La joven

Estaba en una reunión coloquial con su familia y por alguna razón la chica X no podía dejar de observar a su madre. Era una tarde de charla como muchas, que desde hacía años su familia tenía en los días de otoño. Todos departían instalados en la sala de televisión de la casa familiar, que era además el centro del hogar.

Desde ese sitio se podían apreciar los dormitorios, la cocina, el patio, el acceso a la calle y el baño. Todo tenía la ordinaria calma de una cena familiar indeseada. De no ser por qué X no recordaba nada más allá de lo que estaba frente a sus ojos.

Fue como despertar y encontrarse allí parada, en medio de la casa, siendo partícipe de una plática nunca iniciada. Incluso le sorprendió encontrarse vestida, no había recuerdos en su cabeza desde la noche anterior, cuando había comido hongos silvestres. Lo último que recordaba eran detalles del campo donde cortó setas en una ciudad vecina, donde sus padres tenían una casa de descanso. Estaba X en verdad desconcertada, con la vista pegada a su madre.

En ese instante de cavilación X notó qué su progenitora se dirigió a la cocina. Allí trabajaba preparando agua fresca y comida para la familia. Sin embargo, definitivamente algo anormal estaba pasando, pensó.

Su madre tenía un semblante frío, agrio, un aspecto distinto en general; X lo notaba. Y su madre, quien podía sentir la mirada de su hija, le regresaba la vista con el rabillo del ojo, pero no se hostigaba, le respondía con miradas más frías y retadoras, con el aspecto que X se imaginaba tendrían los robots de las novelas futuristas que tanto le gustaban leer.

Pero ¿qué podía decir X? Su familia entera parecía feliz, reunida charlando del tipo de banalidades que tan radiantes hacen a las familias convencionales; todos reían.

Pensaba X alertar del comportamiento de su madre a los presentes, pero cómo diría qué su propia progenitora tenía algo delirantemente raro. Pensaba eso mientras observaba la fría mirada que la tenía enajenada.

La duda de X se había hecho tan insistente y constante que había procurado calma incluso en la duda. Una escurridiza tranquilidad que se vio rota cuándo de una habitación, la de la misma X, se escucharon ruidos, instantes después rompió el umbral de la habitación una sombra con la figura de su madre. Todos giraron la mirada para observarla. Era ella de nuevo, ahora, habían dos mamás. Ambas se mostraban desconcertadas por la presencia de la “otra”.

Pensó X que todo era una señal, creyó era ella la elegida para generar el orden en el caos, vislumbró como una indicación haber sido la primera en notar la extrañeza de la primer señora. Corrió al patio de su casa, abrió de un azote la caja de herramientas que desde hacía años estaba en el abandono total, tomó un martillo y regresó a la sala con la misma prisa. Apretó con fuerza entre su mano derecha al martillo y se lanzó a hacer lo que otros, pensó, no se atrevían.

Se abalanzó sobre la segunda mujer, quien derivada de su tardía aparición y por encima de las dudas respecto de la primera mujer, ahora X pensaba era la impostora. Sin mediar palabra, se lanzó sobre la mujer, la tumbó al piso de un solo empujón, sujetó sus brazos con las rodillas. La mujer no dejaba de gritar y pedir auxilio. Sin embargo ninguno de los asistentes hacía nada más que permanecer parado e inmóvil.

Observando a la segunda mujer directo a los ojos, X esbozó una ligera sonrisa levantó las manos e inició un constante y casi rítmico movimiento, dando martillazos, uno tras otro en la cabeza de la mujer hasta crear boquetes en el casco encefálico.

La gente dice que esos impostores tienen el cerebro seco, poroso y frío. No húmedo, palpitante como el de los humanos, pensaba X. Mientras continuaba su continuo subir y bajar de brazos, golpeando más y más hasta saciar su necesidad de verdad. Estaba seguro de encontrar el cerebro seco de la impostora. Cada vez que

golpeaba el cráneo, una nube de sangre se apoderaba de su cuerpo, estaba totalmente empapada.

La mujer agredida nunca tuvo oportunidad de evitar el ataque, primero el shock de verse a sí misma en otra persona, y después la pronta embestida.

Cuando X se detuvo y observó el cráneo semi-abierto, aceleró el ritmo de sus golpes aunque esta vez con menos fuerza. Continuó buscando el cerebro. Segundos después llegó a él. La húmeda sustancia de vida arrullaba sus movimientos. Llegó hasta la masa encefálica y la descubrió húmeda. Lanzó una mirada esquiva a la “otra”, que tenía la misma mirada robótica, pero con una sonrisa apenas notoria dibujada en el rostro. Comprendió X lo que había hecho.

Instantes después todos se arremolinaron, querían ver el cerebro de la mujer, corroborar se había hecho lo justo. No obstante X no permitió tiempo para esto, metió sus manos dentro de la cavidad generada en el cráneo roto, sacó el cerebro lo cargó entre su manos lo pegó a su pecho corrió a la calle y lanzó a un terreno baldío cercano a su casa, donde decenas de gatos descansaban la tarde.

Este acto fue entendido por la familia. Todos abandonaron la cercanía de la mujer muerta, abrazaron a “la otra”, la que estaba en pie, viva. Al tiempo que X regresó al salón principal de la casa y fue a descansar a un rincón, aún con sangre en las manos.

## *Rectoría*

Ing Roberto Domínguez Castellanos  
RECTOR

Mtro José Francisco Nigenda Pérez  
SECRETARIO GENERAL

C P Miriam Matilde Solís Domínguez  
AUDITORA GENERAL

Lic Adolfo Guerra Talayero  
ABOGADO GENERAL

Mtro Pascual Ramos García  
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro Florentino Pérez Pérez  
DIRECTOR ACADÉMICO

Dr Eduardo E Espinosa Medinilla  
DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic María de los Ángeles Vázquez Amancha  
ENCARGADA DE LA DIRECCIÓN DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Lic Ricardo Cruz González  
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L R P Aurora Evangelina Serrano Roblero  
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra Brenda María Villarreal Antelo  
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic Noé Fernando Gutiérrez González  
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

## *Dependencias de Educación Superior*

Mtro Jesús Manuel Grajales Romero  
DIRECTOR DE OFERTA EDUCATIVA REGIONALIZADA

Mtra Érika Judith López Zúñiga  
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr Ernesto Velázquez Velázquez  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

C D Jaime Raúl Zebadúa Picone  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Mtro Martín de Jesús Ovalle Sosa  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Ing Francisco Félix Domínguez Salazar  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Antrop Julio Alberto Pimentel Tort  
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES EN ARTES

Dr Alain Basail Rodríguez  
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA  
(CESMECA)

Dra Silvia Guadalupe Ramos Hernández  
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y CAMBIO CLIMÁTICO

Dr Alejandro Nettel Hernanz  
RESPONSABLE DEL CAMPUS DEL MAR

Lic Diego Martín Gámez Espinosa  
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS



**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

Se terminó de imprimir en el Taller de Autoedición de la UNICACH en el mes de noviembre de 2011 con un tiraje de 500 ejemplares. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández, la corrección de Karen Dianne Limón Padilla y el cuidado de la edición de la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.

